

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Léy

BIBLIOTECA NACIONAL

R. 118 - Rio 10 SN
9-1-8-1-

Quito-Ecuador

MANUEL J. CALLE

ORIENTACIONES PERIODISTICAS

POR

ALEJANDRO ANDRADE COELLO



QUITO

IMPRENTA <ECUADOR>

1936

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
No 0259 AÑO 1936
PRECIUM DONACION

0142-J

ORIENTACIONES PERIODISTICAS - DN. MANUEL J. CALLE

LO QUE HAN DICHO DESPUES.....

Fuí de los primeros en publicar artículos necrológicos a la memoria de Calle, desde el día en que de Guayaquil se transmitió la fatal noticia.

En enero de 1919, los reuní en opúsculo, con el nombre de "Orientaciones Periodísticas.— Don Manuel J. Calle", que se editó en la imprenta del Colegio Mejía.

Han pasado los años con pasmosa y desconcertante rapidez. Al cabo de más de tres lustros, me es irremediable consignar que los conceptos que en época ya lejána emití no han cambiado casi en nada. Al contrario, han sido confirmados por los escritores que después trataron acerca de la inconfundible figura de Calle.

Así el Sr. Oscar Efrén Reyes, a los doce años de la muerte del periodista azuayo, dijo, al trazar su retrato físico: «Erase el señor don Manuel J. Calle un hombre pequeño, flaco, muy débil y casi transparente. Nunca había sido robusto tampoco. Pero su delicada contextura física se hizo más escurridiza aún por el exceso de trabajo intelectual y el eterno trajín por redacciones misérrimas, por sus ayunos frecuentes en horas de persecución o de angustias, y por la fiereza del clima en que le tocó vivir.

A l e j a n d r o A n d r a d e C o e l l o

No fue un sér feliz en su vida privada; antes y después del triunfo, sus días de hombre sólo transcurrieron entre espinas. Había crecido huérfano y su juventud batalladora se desarrollara siempre lejos de su querida madre ausente....» (*)

No quiero reproducir las crueldades que con descarada pluma consigna, violando el santuario del hogar, precisamente por la amistad que me unió a Calle. De los que pertenecen a la posteridad debe decirse todo lo evidente, sin atenuaciones, como doloroso homenaje humano; pero la amistad tiene sus fueros y el santuario doméstico es inviolable.

Ahora su fisonomía de escritor: — “Hacia el año de 1909, o sea a mediados del segundo período presidencial de Eloy Alfaro, la violencia de la oposición política toma caracteres conflagrativos. En 1910 se funda “El Guante” como simple semanario. Es entonces cuando Manuel J. Calle inaugura sus charlas famosas. Al principio, tales escritos no versan sino sobre temas políticos, desarrollados con magistral gracia y sangrante ironía. Le sirven al escritor para dar sus golpes al gobierno de Alfaro y para analizar a los hombres de la época con im placable ferocidad.— De “El Guante” — que adquiere

(*) *La Vida y la Obra de Manuel J. Calle por O. E. Reyes.—Tercera edición.—1930.—Un folleto de 45 págs.*

Lo que han dicho después

enorme popularidad y extraordinaria circulación— vuelve (1913—1915) a “El Grito del Pueblo Ecuatoriano”, otro periódico notable en que escriben los más eminentes periodistas nacionales: Nicolás Augusto González, José Antonio Campos, Vicente Paz, etc., etc.”

La muerte le sorprendió borroneando su *charla*, en “El Guante”, del que no se separó desde el año 1916. Como ataca a todo el mundo, considera imprudencia salir a la calle. Generalmente recluso, en su habitación de modesta casa de barrio, pasa la vida entre lecturas, libaciones y nerviosos rasgueos de su pluma. Cuando alguna vez se aventura por la vía pública, o recibe la injuria y el garrotazo del sujeto resentido, o la admiración del pueblo, mezcla de cariño y lástima: el primero, dedicado a su talento; la segunda, a su cuerpecito enclenque, a su aspecto triste y vulgar, a su escasa visión de miope (*) En una madrugada de 6 de Octubre de 1918, cesó para siempre de funcionar ese corazón que latiera violento, en ritmo del bien y del mal. Le mató «la cirrosis de Laenec, consecuencia inevitable de los años bohemios de otro tiempo y de las complicaciones tuberculosas de

(*) *Cuantas veces le visité en Guayaquil, le hallaba recluso en cuartucho de modesta apariencia, casi desmantelado. La última, le encontré con vendajes en la cara: había sufrido una caída y se aplicaba árnica.*

Alejandro Andrade Coello

última hora, dice el Sr. Reyes. Como todo periodista, falleció en la mayor de las pobreza» (1)

En 1934, el Sr. Víctor Manuel Albornoz le incluye en sus figuras culminantes (2) Fija la fecha de su nacimiento en 1867, y expresa que en su adolescencia redactaba, en unión de Víctor León Vivar, de sentida memoria, allá por 1885, el periódico "El Pensamiento", mordaz e irreverente para con las celebridades del terruño, según lo califica. Sin ánimo de herirle, publica una vindicación suscrita en Cuenca el 30 de Octubre de 1885, en la que niega ser uno de los autores de ese periódico. En 1888, erige el hebdomadario "La Libertad", «firme en la brecha, impertérito en la tarea de demolición». Desde entonces, comienza a recibir denuestos y alusiones crueles a sus defectos físicos. Más tarde, en 1889, funda "La Epoca" y luego "La Linterna", que vive hasta 1891. Uno de sus rebeldes compañeros cae en la brega acribillado de balazos. Se llamaba Ramón Sempértegui. Forma filas en el bando de los liberales, como hombre de lucha, sin miedo ni a las agresiones ni a los anatemas

(1) *Nota del folleto citado.* — Pág. 32

(2) *Literatos Ecuatorianos— Figuras Culminantes— Juicios críticos por Víctor Manuel Albornoz — Cuenca del Ecuador— 1934.*

Lo que han dicho después

fanáticos. En 1893, aparece su nombre de combate en el "Diario de Avisos" del Coronel Belisario V. Torres, que halló la muerte por la espalda casi en la entrada del panóptico de Quito.

La vida de Calle fue muy agitada y triste. En sus años de acerba lucha, hay rasgos que magnifican su carácter, que ponen de relieve sus sacrificios, que intensifican su valentía moral y que himnologan su talento. Pudo muy bien, en un sólo día, con cualquier folleto de controversia, cambiar de fortuna; pero él se parapetó contra todas las áureas tentaciones, siempre fiel a sus ideales, en medio de una indigencia de sublime pordiosero. Pluma en mano, sin traicionar sus fundamentales creencias de libertad, se ganó el pan de cada día, en matadora, angustiosísima faena, aquí donde las letras no dan para un mal puchero. Con mayores facilidades y más amplios horizontes, habría sido próspero físico y moral: se habría ganado reputación inmensa por el Nuevo Mundo, abriéndose campo dilatado y galardonándose regimiento con miles de pesos. Pero en teatro tan reducido, se suicidó, materialmente, para no perecer de hambre. La eterna paradoja y el eterno contraste de la copla popular, que voy a parodiar, le venía de molde:

«Si escribes para vivir,

¿Por qué te matas plumeando?....

Alejandro Andrade Coello

Con quietud, tiempo y dinero, Calle habría figurado como el príncipe del periodismo. Deslumbró con irradiaciones fulgurantes, hirió con ironías como dagas florentinas; pinchó, sobre todo en la polémica, más adentro de la epidermis, tal vez hasta muy cerca del corazón.

Un antiguo filósofo romano decía que los que peregrinan mucho en su vida se ven con numerosos hospedajes, pero con ninguna amistad. Siguiendo esta lógica, a los que no peregrinan vendría a faltarles hospedaje, que es muy útil en la vida práctica. Renovando países, algo de nuevo se aprende. A Calle le faltaron hospedajes. Con su travieso espíritu de observación, el mundo le habría sido familiar, sin que para él rezase lo que quizá exageradamente se ha afirmado: que los hombres que han viajado mucho «presentan una coraza que hoy llamaríamos de cosmopolitismo y son incoloros y sin sustantividad». El *quid* está en saber viajar. Montalvo viajó mucho. Con todo, su personalidad es inconfundible. Calle, al salir de Cuenca, no conoció sino Quito y Guayaquil, ciudades en las que vivió grandes temporadas. Antigua obsesión mía era la de que algún gobierno ilustrado le enviase a recorrer los archivos de España, para que, con buena renta desde luego, escribiese la Historia del Ecuador, por lo mismo que con tanta soltura y amenidad narró leyendas tanto de la patria, como del tiempo heroico

Lo que ha ndicho después

hispanoamericano. Si no naciera para manejar bienes y acrecerlos —para él fue cosa baladí el dinero— con una fuerte subvención se hubiera subsanado el ingénito descuido suyo para todo lo terreno.

Largo fue el vía crucis del periodista maldiciente e implacable. «Pero siempre, doquiera se halle, en Cuenca, en Guayaquil o en Quito, dice el señor Albornoz, la vida le agarrota con toda clase de necesidades no satisfechas, con toda clase de exigencias nunca cumplidas. Impelido a dejar a un lado la obra reposada y serena, obedeciendo a oscura maldición del sino, tiene que vaciar el cofre áureo de su inteligencia en las volanderas publicaciones de actualidad, haciéndolo con un desorden de magnate pródigo que con igual generosidad reparte facetados diamantes de inestimable valor como lentejuelas propias para brillar sobre la fútil baratija» (*)

Confirmando estos asertos, al exteriorizar el alma del escritor, agrega: «No siempre le guía un recto impulso de equidad; se escarba poco la conciencia; antepone a todo el afán de agradar y regocijar al público, haciendo gala de su portentosa destreza acrobática que le permite la prueba funambulesca y el juego malabar sobre la difícil cuerda de insuperable dialéctica. Su humorismo que,

(*) *Libro citado, que no tiene paginación.—Las 19 consagradas a Calle son las últimas de la obra.*

Alejandro Andrade Coello

por lo común, esparce aromas de deleite, hay ratos que adquiere caracteres de cruel y mortífero: se advierte en él la fría intención del escalpelo abriendo las vísceras enfermas. En ocasiones se pone a atisbar carroñas sociales, no ya como Baudelaire ante el esqueleto para sumirse en la meditación de las lacerias humanas, sino con la delectación del analítico que halla placer en descubrir con mirada perspicaz los más ocultos gérmenes de morbosidad. Si toda obra es reflejo de un estado de alma, se ha de ver en esto la causa de que la de Calle brote así también igual a su alma: ingenua pero atormentada y procaz; vehemente y cruel en sus arrebatos, pero con remansos de cordura y mansedumbre: mar borrascosa revestida de espumas de bondad, aunque guarda en el légamo las impurezas de una ironía devastadora lindante con la befa y el escarnio. En las horas de tedio, los disturbios del corazón le surgen tumultuosamente afuera en raudales de hiel y vinagre; el infierno de adentro externa sus llamas, y, entonces, su literatura parece trasunto de su ánimo sombrío, desolado y doliente» (1)

El 7 de Octubre de 1934, el Sr. Carlos Matamoros Jara, subdirector del Centro de Investigaciones Históricas, publicó en Guayaquil (2) unos «rápidos ras-

(1) *El mismo libro del Sr. Albornoz*

(2) En "El Telégrafo" de 7 de Octubre de 1934. N.º. 17814

Lo que han dicho después

gos biográficos», como él los denomina, acerca de Calle, en los que inserta el acuerdo dictado por el Congreso Nacional que deplora la muerte del «esclarecido periodista», que «constituyó un alto exponente de la cultura ecuatoriana». En seguida, consta el Decreto Ejecutivo, de 7 de Octubre de 1918, que ordena que los gastos de sus funerales se hagan por cuenta del Estado. Lo suscriben el Sr. Presidente de la República, Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, y los Ministros José María Ayora y Miguel G. Hurtado, de Gobierno y de Hacienda, respectivamente.

«Este hombre de *corto físico* como un Esopo, pero como éste, con “cabeza dos veces grande”, dice el señor Matamoros Jara, recordaba todo lo que leía, y escribía sin esfuerzo, con una fecundidad y pureza asombrosa. Pues bien, el amigo Calle, por causas políticas en aquellos tiempos del *corderismo*, el *poncismo*, el *progresismo* y el *fusionismo*, fue preso, siendo gobernador del Guayas el *presidente chiquito*, don José María Plácido Caamaño, intendente de Policía don Rafael Caamaño, jefe del Cuerpo de Bomberos, don Carlos Caamaño, y comandante general del distrito (lo que ahora se llama jefe de zona militar) el general don Reinaldo Flores, pariente político de los nombrados, toda una *argolla* completa. En uno de aquellos días que fui a visitarlo en su prisión, me



Alejandro Andrade Coello

dijo que le consiguiera un libro que él no hubiera leído y le llevé "Los Miserables" de Víctor Hugo, al día siguiente que fui nuevamente a visitarlo, me devolvió, con sorpresa y admiración mía, la obra en dos tomos del gran novelista francés citado, la que no necesitó leerla más, porque quedó impresa en su cerebro, como una obra grande en una extensa cinta cinematográfica. Sólo en una noche y un día, leyó la voluminosa novela inmortal de "Los Miserables"; de la que podía referir trozos textuales y llegado el caso escribir sus comentarios. ¡Cosa que pasma!...

"El Intransigente", semanario político liberal, fue fundado en Guayaquil el primero de julio de 1892, por el ilustre Calle, quien él sólo era autor de sus cuatro páginas; al mismo tiempo daba cumplimiento a su labor periodística en "El Diario de Avisos".

•Me refirió un periodista actual, que influyó en la venida a Guayaquil del ilustre cuencano Calle, don José Abel Castillo, que aquel escritor insigne escribió en ocho días, sin tener a la vista las consultas a la historia, las "Leyendas del Tiempo Heroico", volumen apreciableísimo que contiene rasgos históricos de la independencia, tratados con fervor patriótico y para la enseñanza de la juventud.

•El presidente Baquerizo dijo este pensamiento: "Y

Lo que han dicho después.....

pasó Calle, el insigne e incansable periodista, cuya pluma era luminosa como la inmortalidad, no obstante lo mucho que hirió, lo mucho que lastimó, ruda e implacablemente”.

«El origen de la firma *Ernesto Mora*, que usaba en sus *charlas*, se verá en la relación anecdótica que sigue:

«Era en la entonces magnífica casa de la calle de Aguirre—entre Escobedo y Chimborazo—en donde, bajo la dirección de don Federico V. Reinel, natural de Colombia, el fundador del diarismo moderno en Guyaquil, se imprimía y laboraba el diario de la mañana “El Grito del Pueblo”, el periódico de mayor circulación en su tiempo y uno de los más importantes de Sud América por la seriedad de los escritos y su variada información.

«Don Federico revisaba los datos de policía, registro civil y puerto, que un reportero había dejado sobre su mesa.

“En “El Grito del Pueblo” el director pasaba revista minuciosa hasta por el menos importante escrito.

«Entre los escritores de categoría que hacían el famoso periódico, figuraba mi amigo desde el “Diario de Avisos”, don Manuel J. Calle, que escribía muchos artículos firmándolos con el pseudónimo de *Benvenuto*.

Don Federico estaba un tanto mal humorado, debido, según lo hacía comprender, a la demora en llegarle las

últimas noticias cablegráficas de la Agencia Havas.

«Eran las primeras horas de la noche, y don Manuel J. Calle subía pausadamente las escaleras que conducían a la sala de redacción del diario. Al penetrar, saluda a don Federico, quien le pregunta sobre cierto artículo que Calle ofreció escribir sobre determinado tópico político.

Don Manuel J., quien sabe si preocupado por tantas cosas que durante el día le hubieran sucedido, había olvidado de escribirlo y sin decir nada de su olvido, fue a su mesa de trabajo y en rápido correr de su pluma prodigiosa, termina el artículo que entrega a don Federico para que se entere de él. El señor Reinel pasa vista por el escrito y queda sorprendido de que Calle no escribiera el artículo en relación con la idea que había manifestado al director del periódico. El artículo llevaba la firma de *Benvenuto*, pero el señor Reinel, antes de pasar las cuartillas a las máquinas linotípicas, borró de una plumada la firma de *Benvenuto*. Viendo esto Calle, protestó, y don Federico le dijo: "Calle, Ud. no es más *Benvenuto*". Cómo que no soy *Benvenuto*, le replicó Calle; "si mi artículo— continuó — no va con esta firma, no quiero que se publique". Don Federico miraba en esos instantes la lista de pasajeros llegados de Samborondón, y muy serio se dirige a Calle y le dice: "*No quiero* que se llame más *Benvenuto*, porque Benvenuto es tan olvi-

Lo que han dicho después

dadizo; *yo quiero* que Ud. ponga en sus artículos su firma u otro nombre cualquiera"— "Pero cuál nombre..." 'Pues cualquiera, por ejemplo.... (y mirando la lista de pasajeros llegados del mencionado pueblo, en ese día, le dice:) "Pues éste, (y escribió:) *Ernesto Mora*" (Este nombre figuraba en la referida lista) Calle advirtió que el artículo pasaba a poder del regente para que fuera puesto en letras de molde: y sin decir palabra, cosa rara en Calle, cuando se le contrariaba, tomó su sombrero y se retiró de la sala.... Don Federico continuó en la revisión de las cuartillas puestas en su mesa.

«Al día siguiente, "El Grito del Pueblo", era visitado a distintas horas, y reclamado el director por los visitantes para felicitarlo por el hermoso artículo publicado en la mañana y firmado por *Ernesto Mora*.

«El público lector se interrogaba: "¿quién es Ernesto Mora?».

«Calle regresa a su trabajo cotidiano con una cara de pocas pascuas y el señor Reinel se acerca y le dice: "Que tal mi señor don *Ernesto Mora*?... y le dio cuenta del *gran éxito* del «nuevo escritor».....

«En aquel día, don Manuel J. escribió otro artículo muy bueno y lo entregaba a don Federico sin firma....

—Por qué no lo firma, Calle....

—Pues déle éxito— le dice Calle mal humorado.

Alejandro Andrade Coello

«Y don Federico lo firma: «Ernesto Mora».

«Verdaderamente, los estupendos éxitos se sucedieron; y Manuel J. Calle, el insigne escritor cuencano se apellidó desde entonces “Ernesto Mora”, pseudónimo el más conocido y popular que tuvo y con el que firmó sus fecundas *charlas*. (1)

En 1929, los deudos de Calle se propucieron reproducir por entregas las “charlas” (2) pero la empresa no resultó mercantil y tuvieron que suspender la impresión en la página 191. Lo publicado fue apenas 41 “charlas”, desde Agosto 6 de 1911, o quizá un día antes, hasta el 36 de Diciembre de 1911. En vano la portada decía: «colección completa de 1911 a 1918»; pero se interrumpieron definitivamente. Se expresaba, con franqueza, en la introducción, que si Calle viviera enmendaría alguno de sus asertos. Surgieron casi improvisadamente, sujetos al capricho, a la pasión política, al empeño personalista de llamar la atención mortificando al prójimo, sin más fundamento que algún recuerdo fugitivo. “Calle fue un prodigio de memoria, de talento y de enciclopedia, dicen los editores de *Charlas*; y esto en el diarismo, para el que se escribe rápidamente, con motor eléctrico en

(1) *Hasta aquí lo transcrito textualmente, inclusive la puntuación, tiempos de los verbos, etc.*

(2) *Charlas, por Ernesto Mora,— 1919.— Fundición de material tipográfico de «El Día»*

Lo que han dicho después

el cerebro. Escribía sin secretario, sin amanuense, en caracteres limpios y hermosos, sin enmiendas ni tropiezos, en una como corriente continua, sin curvatura ni salto de pensamiento o de expresión» (1)

Releídas por curiosidad, nos parecen ahora cosa desvaída, sobre todo los ataques al General Eloy Alfaro y los alfilerazos contra muchas personas. Sirva de ejemplo lo que trazó contra un estimable escritor, al que Ambato dedicara sentido homenaje: *esa nulidad en medio tomo a la rústica que se llama Celiano Monge* (2)

¿Qué quiere explicar con esto? Casi no se comprende. Es sólo la intención de herir, *causando la hilaridad* del público, o el cruel placer por el mal ajeno.

Como se habrá observado, casi no son rasguños, sino citas de poca monta. Así eran muchas, puestas de paso y hasta traídas de los cabellos para producir la nota

(1) *A los Ecuatorianos.*— *Marzo 1 de 1929.*— (*Introducción del folleto citado*)

(2) *Id. pág. 63 Véanse las evocaciones que personalmente me atañen: «¡Suerte desdichada la de este país! Debería dedicarle algún soneto al Sr. Alejandro Andrade Coello».*— (*Pág. 90*) «*El Sr. A. A. C. polígrafo a la manera de Feijoo o del Tostado, es profesor de algo en el Instituto Nacional Mejía . . .*» (*pág. 117*) «*A. A. C. es testigo de las lamentaciones del joven estadista*» (*Se refiere al Sr. Federico Intriago. Pág. 125*).

Alejandro Andrade Coello

de escándalo. Con los políticos era más irónico y más agresivo. Muchos de los sobrevivientes insultados por el periodista o blanco de sus burlas sin más ni más, no sienten ni frío ni calor y más bien lamentan la muerte del polemista y combatiente.

Amando un poco—a lo largo de su actuación periodística— a varios hombres políticos, no dejó por esto de mortificarles siquiera con un alfilerazo. Con otros se manejó cruel y recibió réplicas terribles. (*) Parece que a ratos se olvidaba de los abrojos que iba amontonando en su tortuosa senda. Ni en días graves e históricos, en los que peligraba la libertad, se inclinó a ver en sus pérfidos correligionarios unos descarriados hermanos a los que convenía abrazar misericordiosamente. Nunca quiso murmurar:

«Et, depuis ce jour— là, je les ai tous aimés»

Calle, el infatigable, fue neurótico y dispéptico. Casi nunca comió por la tarde. Se contentaba con almorzar. Su delicado organismo no exigía mucho combustible. Adolecer de alguna imperfección o enfermedad no es deshonroso ni presta margen para el insulto. Muchos le atacaron por ese lado. Réplicas absurdas. Su raquismo, su abrumadora vida sedentaria frente al escrito-

(*) *Abelardo Moncayo.*— “*El monstruo de Calle*”.

Lo que han dicho después

rio y cabizbajo sobre las cuartillas, no consintieron que su cuerpo se enriqueciese con glóbulos rojos y materia muscular. Parecía un anacoreta en miniatura, consumido por la astenia y atacado de hipermetropía. Pálido, flacucho, ojeroso, hueso pequenito forrado de pergamino, todo lo vio a través de sus nervios y de su congénito vicio de conformación. Nunca la naturaleza presentó un contraste igual entre la pequeñez de su cuerpo y la grandeza de su cerebro. Cabeza de chorlito en apariencia, gigante en sus improvisadas demostraciones intelectuales. ¡Cómo le hubiéramos aplaudido de anacoreta del estudio, de historiador, de anticuario; pero la dura vida no le dio tranquilidad y dinero para el examen reposado, prolijo!

El crítico debería ser sano de cuerpo y alma, de buen humor, equilibrado, sereno, para juzgar las cosas con calma, sin que le traicionen los nervios ni se irrite a causa de las secreciones biliosas. Contemple el arte a través de un temperamento normal. Los enfermizos redundan en críticos parciales, contradictorios, injustos. Bobadilla sufría del estómago.

A veces Calle no se mostró violento en la crítica. Acertó y comunicó interés a lo que, en otras, literariamente, hacía mangas y capirotos. En varias de sus solfas, ocurrentes y de gracejo, pueden columbrarse saluda-

A l e j a n d r o A n d r a d e C o e l l o

bles lecciones. Claro que ciertos grafomanos audaces no merecen otra cosa, sino ponerles como chupa de dómine. Censurarles en serio sería hacerles valer. Se hincharían como dirigibles, para lanzarse después por las nubes apercibidos de lastre despreciable.

Todas las personas de bien, todos los hombres que aprecian los merecimientos de los ciudadanos y saben que el respeto social es signo de la cultura de un pueblo, han de aplaudir las campañas que, comedida y lealmente, se hagan en pro de la reforma de las costumbres, de la civilización demostrada hasta en lo pequeño, y de la guerra al insulto y al personalismo, ruin y degradante.

¿Quién da derecho a nadie de insultar al prójimo? ¿Quién autoriza a nadie reírse de él? ¿Quién puede aplaudir el brote mezquino de los que se entregan a la agresión anónima sin motivo?

Hay que combatir la mala crianza, el escándalo de una literatura de explotación que a costilla de los compatriotas, provocando chácharas y burlas, quiere aparecer por calles y plazas como triste muestra de envidia e impotencia.

Si a nadie se respeta, si se tauruecan los valores, si lo que es virtud es considerado como crimen, si la distinción es causa de escarnio, si el talento es objeto de ludibrio, si el trabajo es atacado, si las consideraciones

Lo que ha dicho después

sociales son combustible para que se desborden las pasiones, ¿a dónde vamos por tan tuerto camino?

La cultura nacional está pidiendo otra clase de procedimiento, está clamando porque haya nobleza en la lucha.

No ha de ser un patán cualquiera el que oculto en la sombra se ha de creer con derecho de enlodar a los que valen.

Citaría un ejemplo reciente, que causara indignación social.

Huésped en Quito, vino a una misión alta y patriótica el Dr. Arroyo del Río, jefe del Partido Liberal ecuatoriano. Fue el 6 de Diciembre de 1935 aplaudido por la ciudadanía. La sociedad le dedicó merecida apotheosis. Los representantes de las Municipalidades dictaron un honroso acuerdo de felicitación por el magnífico desempeño de tan distinguida personalidad, en su brillante discurso de entrega del retrato del Sr. General Alfaro a la Municipalidad de Quito. Ante todos estos merecimientos, comprobados con exceso, salió una hoja embarrada de tinta de imprenta insultando por ahí al jefe del Liberalismo actual, y burlándose del genuino jefe del Liberalismo histórico, el Viejo Luchador. Un papelucho no puede disimular su rabia: insulta y se ríe de los liberales y toma de los cabellos a los que pasan por la ca-

Alejandro Andrade Coello

lle y les sienta en el banquillo de la befa.

No puede verse con serenidad una agresión tan in-noble.

Bien está que se combatan las ideas políticas, que abunden los razonamientos para demostrar el pro y el contra de las doctrinas, que surja la polémica culta y generosa, que la oposición sea un ariete; que se demuestren errores gubernativos y se convide a todos a señalar equívocaciones y enderezar rumbos torcidos. Esto y mucho más puede hacer la oposición: esto y mucho más puede poner en práctica la libertad de pensamiento; pero con elevación de miras y en forma decente.

¿Desde cuándo el insulto ha de ser arma socialmente respetada?

Los ciudadanos se encogen de hombros y pasan, ante la riña pequeña, ante el gesto repugnante de sujetos que nada distinguen, para quienes no existen los actos buenos, las acciones dignas de aplauso y ni siquiera los hechos indiferentes.

Boguemos todos por la cultura nacional, dando signos de ser un pueblo noble que siente santa indignación ante lo que no es correcto; que desprecia lo que se vuelve lógicamente contra los autores de la ridiculez, que no hallan palabras con que acusar y se valen del insulto, pobre letanía de siempre.



Lo que han dicho después

Pide la cultura nacional otra clase de literatura.

La chispa, el gracejo, el epigrama demuestran educación y talento: lo que no va envuelto en la rica tela del talento y la cultura, de la delicadeza, del ingenio sutil y elegante, redundante en grosería y es contraproducente.

Chistes tontos de almanaque, repetidos hasta la saciedad; siempre la misma pesada canción y el dialecto palurdo, son tomaduras de pelo a los lectores, que justamente rabian de tanta barbaridad e impotencia.

Si se oculta el ingenio y aparece el aplebeyamiento, no se podrá nunca enaltecer al positivo mérito y efectuar el reparto equitativo de valores, porque la mala fe todo lo confunde, enfanga y mezcla inicua y mezamente.

Muchas campañas de Calle fueron culturales. Magnífico es oficiar de sacerdotes de la estética y del buen gusto.

En 1924, publicó en la imprenta nacional "El Buscapié", en contraposición de "La Fronda Literaria": su periódico de rasguños, bromas y chistes literarios delectaba. Su fuerte, la crítica cominera, al menudeo, que no expresa el por qué de las arremetidas. Verdad es que no acostumbró esa crítica puramente gramatical del jabbalí literario Antonio Valbuena, que dijo Bobadilla, porque Calle no entendía mucho de reglas de Gramática. El mismo me confesó varias veces este flaco. En horas

Alejandro Andrade Coello

de expansión y buen humor, solíamos cruzar apuestas acerca de tiquis miquis gramaticales y la ganancia le era siempre adversa.

Casi nunca prodigó en sus críticas alguna voz de aliento para la juventud que empieza, para la que se levanta por sus propios esfuerzos, en este Sahara inclemente, lleno de indiferencia y aplastador silencio.

No la corrigió amistosamente, enseñándola el camino recto. No preparó para ella nutritivo alimento espiritual. A la altura en que la Biología está encumbrando a la crítica, las parrafadas dogmáticas resultan cursis; pero esto no veda que se aventure una opinión decente, un rasgo erudito, una migaja científica.

Llevado de ciego amor al terruño, únicamente encomió a sus compueblanos, los de la querida Cuenca; pero sólo a los viejos. A la gente menuda azuaya, a las nuevas generaciones que no alcanzó a conocer de cerca, también las zurraba de lo lindo y aún se reía de su natal ciudad, cuando trataba de la intransigencia política. Entre sus críticas de más valía merecen figurar las concernientes al poema religioso de Crespo Toral, a los versos del poeta colombiano Restrepo, a la novela "Flor de Fango de Vargas Vila, etc.

En sus rápidas bibliografías, con pujos de crítica, ha prejuizado la mayoría de las veces. Se inclinaba del lado de

Lo que han dicho después

sus amistades, con flagrante injusticia. Cuando estaba de buen humor, aplaudía a muchas mediocridades. En los últimos días de su bregar periodístico, declinó tanto, que endiosó a gente casi anónima.

Con rico ingenio suplía su falta de experiencia y ecuanimidad. Si hubiera viajado, si se hubiera puesto a estudiar a conciencia; ahondando la crítica científica, dejándose de vulgaridades y censuras a granel, su nombre se agigantaría. Le convino algo de disciplina mental y más ilustración. Lástima fue que no se hubiera familiarizado con la naturaleza. Ignoró el movimiento de la moderna literatura, especialmente de la europea. Pero con la habilidad y fantasía que le sobrahan, aparentó erudición, aunque le faltara tiempo para siquiera desflorar ciertos asuntos.

Me refería que, urgido por las circunstancias, para trazar críticas, solía leer a la carrera el índice o puntear —así llamaba él— los libros aquí y allá, donde se abrían para pescar el dato o la frase de efecto. De un vistazo, ya juzgaba hallarse en posesión del contenido intelectual de la obra. Por esto, son abundantes los errores de citas que se le escaparon y las equivocadas apreciaciones. La serena opinión, que a la luz del buen gusto y la belleza, va repartiendo justiciera merecimientos o advertencias saludables, pocas veces entró en su reino con

Alejandro Andrade Coello

probidad y acierto Salía del atolladero derrochando sofismas, donaires y sátiras. Critiquizó a menudo; más bien que criticó. Además, lo movido de su ánimo no le concedió tranquilidad para desmenuzar a conciencia volúmenes que detención requerían, por la seriedad de la materias que encerraban.

Su existencia fue un mar perennemente revuelto. El desperdicio de dinero corría parejas con su genio. Tanta su facilidad para escribir, que pudo lanzar a los mercados de la publicidad un volumen cada diez o quince días. Folleto de polémica hubo que se engendró en dos o tres noches. Su teneraria fecundidad, como es natural, incurrió en desaliño.

Especialmente para la polémica política no tuvo precio: confundía al enemigo con golpes de masa hercúleos. Midió sus armas con varones insignes y autores provecetos como el Dr. González Suárez. Combatió a los conservadores, se burló de los jesuitas y de su *ratio studiorum*.

Pocas veces salía derrotado en las campañas que emprendía, pluma en ristre. Fueron injustas muchas de ellas; pero halagaban de tal modo, que triunfaban por el momento. La multitud se convencía. El gobierno se inclinaba a su dictamen. Tiempos después, el juicio ecuánime, la calma, probaban la mala fe con que procediera Calle y eran olvidados sus sofismas. Fue el vencedor de

Lo que han dicho después

las circunstancias. No caló hondo en diversos y graves asuntos. Se deslizaba por la superficie con destreza admirable. Por esto, sugestionaba, y porque también convertía al prójimo en rey de burlas. Hoy ¿cuántas de sus polémicas se confunden tal vez en la indiferencia, cual montón de hojarasca y polvo?. Fueron de actualidad, y esto ya es bastante.

Como escribía al galope, según tengo apuntado; como su faena mental era de corrida, fue también obligadamente superficial en muchos casos. Su afán era salir del compromiso, a causa de urgencias del diarismo que tanto exige (si sabré yo de estos sudores) En horas de esplín, despampanante afirmaba que eso (cualquier libro o revista) no valía de nada. Le faltó *documuntarse*, producir en reposo, economizar sus atelanas, en obsequio de la seriedad, tranquearse en la psicología, servirse de la ciencia como de antemural. Por esto, Calle demolió tanto, ajeno a la enseñanza y a la reconstrucción de doctrinas literarias. ¡Cuántas *bibliografías* tuyas incurrieron en inexactitudes y prejuicios! No le vino holgado el tiempo ni para consagrarse a la erudición (siendo así que nada urge tanto adornarse con los alamares y garambainas del erudito como el ejercicio de la crítica de magisterio); ni para saludar con detenimiento a la estética, no obstante de que citaba a Krause, a José Jungman, a Emilio

Alejandro Andrade Coello

Hennequin. ¡Oh, los chispazos de su genio! Han demorado poco sus brillantes fuegos de Bengala. Con todo, hoy se echan de menos, son urgentes, no sólo éstos, sino una como policía de aseo que venga a lavar ciertas lacras de una literatura indecente que se encamina a la corrupción del gusto; que vele la pulcritud del lenguaje por deformidades que saquen a relucir; que arroje agua pura sobre tanto fiemo. Reflejo de lo dicho es la noble protesta de una inteligente dama, de lo mejor de la sociedad, que dice alarmada: «Estamos ante una corriente furiosa, ante algo así como una racha pestífera que ataca a toda la humanidad y la enloquece y afiebra. Y como en toda peste, sólo se salvan los organismos privilegiados por su salud y robustez. Los demás sucumben fatalmente» (*) Su confesión de fe literaria es hermosa: «Yo creo agrega, que el arte es instrumento de belleza y que nadie puede borrar la línea divisoria entre lo bello y lo feo. Mi alma no responde a lo basto, a lo torpe, a las lacerias y bestialidades humanas; yo amo lo euritmia, el ritmo, la estética; yo amo lo noble y lo bello de la vida....»

Esto no se opone al desarrollo de la endocrinolo-

(*) *Hipatia Cárdenas de Bustamante.*— Artículo intitulado «¿Protestar?», publicado en los diarios «El Día» y «El Comercio», en Mayo 17 y 18 de 1936.

Lo que han dicho después

gía que ha propagado, con miras docentes, el doctor Gregorio Marañón. Tampoco se opone a estudios de la libido que, condenando el vicio, llamó el psiquiatra Krafft-Ebing al sintetizar los males de la época: «Civilización: sifilización». Por último, no se opone, de ninguna manera, a que impere todavía el viejo y sabio austriaco Sigmund Freud con su psicoanálisis. Los estudios médicos de Breuer, Freud y Adler, están todavía de moda en la crítica moderna, y eso que desde entonces ha llovido mucho en el mundo. «Dos descubrimientos simultáneos simbólicos—habla su biógrafo Stefan Zweig— se producen en el último decenio del siglo XIX: un físico de Wurzburg, llamado Wilhelm Roentgen, poco conocido hasta entonces, demuestra, por medio de un sorprendente experimento, la posibilidad de hacer pasar la luz a través del cuerpo humano, considerado hasta entonces como impenetrable. En Viena, un médico igualmente desconocido, Sigmund Freud, descubre la misma posibilidad respecto al alma. Ambos métodos, no sólo alteran las bases de sus ciencias respectivas, sino que enriquecen todas las afines; merced a un admirable cruce, la medicina sale beneficiada del descubrimiento del físico, mientras el del médico enriquece la psicofísica, la doctrina de las energías psíquicas» Cuando en 1881 se graduó, a los 25 de edad, de doctor en medicina, no tuvo fe en esta ciencia. Quizá ni mu-

Alejandro Andrade Coello

cho después. "En mis años juveniles - ha confesado - lo mismo que más tarde, no he sentido nunca gran afición a la carrera y actividad de médico".

El crítico de hoy goza de buena vista física y moralmente, porque es analista.

El odontólogo de corta visual, no obstante la ayuda de las radiografías, no puede extraer muelas por fuerzas que le sobren; el relojero escaso de vista, por habilidad que le acredite, cierra su taller y se dedica a otros tráfigos. ¿Podrá conducirse al tanteo el que analiza el alma, el que examina el cerebro, el que medita y pesa el mundo da la inconsciencia y sus complejos, los pródromos del genio o del degenerado?

Con todo Calle, pese a su desconformación visual, percibió mucho, muchísimo más que otros de grandes ojos y de ceguera espiritual. Si a veces no alcanzaba a fijarse bien, adivinaba, se diría por instinto, supliendo con su lozana fantasía lo que el medio natural le defraudaba.

Pero no se intentará negar que la práctica del crítico, como la del médico, requiere ver más, ya que proceder por aproximaciones, por tanteos, por cálculos, es no dar en el clavo, sino algunas veces en la mano. Tan sutil es hoy la observación anímica, que para criticar hasta convendría conocer a la persona, distinguir bien sus rasgos fisonómicos, espejo del alma y espejo de las en-

Lo que han dicho después

fermedades que le aquejan. A los linfáticos, a los biliosos, a los hepáticos, a los cretinos, a los idiotas, a los criminales se les conoce en la cara. Lo mismo sucede con los enfermos literarios. Ciertos escritores son la resultante de monomanías.

¿Cómo criticar, es decir mirar el mal, formar el diagnóstico, prevenir el remedio, si el facultativo es víctima del estrabismo?.

¿Midió las circunstancias cuando se propuso agredir? Raya en cinismo su desenfado, le dijeron en ocasiones. Admiraba su presteza. Improvisaba réplicas y las revestía de oropeles.

Defendió a banderas desplegadas al General Eloy Alfaro; después le atacó cruelmente. El gobernante erró, ¿quién lo duda? Pero su dantesco martirio fue purificador de almas. La historia, que pone nivel de imparcialidad a medida que transcurren los años, ha sentado ya algunas premisas acerca de las virtudes públicas y privadas del célebre mandatario, que fuera el último caudillo del pueblo ecuatoriano, por haber pasado ya el tiempo legendario de los conductores de multitudes en las turbulentas democracias hispanoamericanas. Más de cuarenta años de dirigir ejércitos disciplinados e indisciplinados, constitucionales y revolucionarios, aguerridos todos, y guiarlos con su mirada hipnótica por selvas intrincadas; de mon-

Alejandro Andrade Coello

tonera en montonera, por ríos torrentosos, en improvisadas naves de guerra, por sierras abruptas, por las faldas de niveas montañas como el Chimborazo, desde el tiro-teo sorpresivo a la batalla campal, le dieron tal vez derecho a llamarse caudillo y viejo luchador. Ya no quedan hombres de su temple y de su testarudo idealismo. En medio de las culpas propias de la humana flaqueza, dejó constancia siquiera de estos sus indiscutibles méritos:

Amor inquebrantable a la patria.

Profundo conocimiento del corazón humano.

Impulsión constante dada al progreso.

Amplia protección a la instrucción pública.

Modelo de un hogar acrisolado.

Magno espíritu de caridad.

¿Qué fueron su sed de poderío y su temperamento de abierto derroche de los caudales públicos ante prendas de tal magnitud, que Calle no quiso confesar? Alfaro amó a su patria con la fe de un convencido. Si fue pura ilusión, lo dirá el porvenir; pero todos sus actos, aun sus fracasos y yerros, fueron encaminados al bien de la nación que pensaba redimir.

Preparando estuvo el camino para la venida de Alfaro. Ahí están sus artículos de «El Correo Nacional», periódico del liberalismo, fundado en Quito en pleno dominio del partido conservador.

Lo que han dicho después.

Alfaro que le conocía a fondo, no quiso pagar más sus alabanzas, ni servirse de la pluma de Calle para su defensa; pero jamás le aprisionó, ni le desterró nunca. Decíase repetidas ocasiones amigo del General Plaza, «el único que le había quedado»; sin embargo, echó sombras y muy espesas sobre los actos de su gobierno, desprestigió a sus partidarios, colmó de ignominia a sus colaboradores. ¿Fue amigo o enemigo? Plaza le hizo nombrar diputado, después ministro del Tribunal de Cuentas de Guayaquil y llevó a la inteligente señorita su hija a la secretaria de la presidencia de la República, una vez que el padre no aceptaba las funciones de secretario privado, «porque no quería ser su sirviente», según es fama que por telégrafo contestara «a Leonidas Plaza», cuando no le trataba en diminutivo. Así me refirió uno de los secretarios de éste, ponderando las genialidades y ex abrupto de Calle.

¿Su estilo?

Hay dos opiniones acerca del estilo que corresponde emplear en el periodismo: los unos son partidarios de la sencillez, dentro de la mayor corrección del lenguaje; los otros, de que se debe subir el tono, hasta volverlo literario. Pero se ha abierto paso la primera opinión, de que el periódico es para el mayor número de lectores y entra o propende entrar en el corazón del pueblo.



Alejandro Andrade Coello

Además, la vertiginosa vida del diario, su rápida factura, no permite detenerse en acicalamientos y floreos de la frase. Lo principal es que sea clara, decente y pura. El castellano, terso y comprensible, no se opone a la espontaneidad. La Gramática jamás está reñida con la forma castiza del periódico, por improvisada que fuese su manera de componerlo. Según los críticos serenos, disuena del diario el abuso de la metáfora que se convierte en rompecabezas, desesperando y aburriendo a los lectores.

Aconsejaba el escritor español Alcalá Galiano que el periodista huyera de la frase hecha, del aplauso desmedido, del elogio insincero, y que se atuviera sólo a la verdad. El público no gusta de interesadas dedaditas de miel ni de las mentiras cubiertas con manto simulador.

Calle puso en juego un estilo claro, espontáneo, capaz de que todos le comprendieran.

Gramaticalmente, incurría en descuidos, dada la frecuente improvisación de sus artículos; pero esas minucias eran disimuladas con talento.

Su lenguaje fue pulcro. Nunca se registraron—ni en sus cuadros de costumbres ni en sus rudas polémicas, ni en sus salidas de tono— palabras que la desencia prohíbe trazar en el papel ni lanzarlas a la sociedad. Si alguna vez las necesitaba, acudía al circunloquio y la ate-

Lo que han dicho después

nuación, como Cervantes en la aventura de los batanes y Víctor Hugo en el capítulo de Cambronne.

Solía hablar con entusiasmo acerca del cultivo de la lengua materna. Comprendía la importancia de cuidar que esta llama estuviera constantamente alimentada.

Un atildado escritor colombiano, de esos que se las cortan en el aire cuando se trata de la parla pulida, y que no confundía los ricos vocablos del idioma, sino que les daba su propia significación para tranquilidad de la conciencia de quienes no han renegado de la lengua vernácula, don Julián Motta Salas, afirmaba, en un corazón con cuantos saben la importancia del castellano, «que el cultivo de la lengua materna es el más firme baluarte de nuestra soberanía».

Bravas son las campañas libradas en la prensa seria y que estima el idioma de Quevedo, Cervantes y Ricardo León en favor del melífluo español, que tantos profanan, introduciendo términos, sin necesidad, confusos y en diablados, hasta convertirla en jerga, a título de cosmopolitas. El neologismo es reserva y riqueza de las lenguas; pero su nacionalización está sujeta a reglas y no al capricho.

El pulcro autor que dejo citado, sigue con galanura a don Alonso Quijano el Bueno, que acude gentilmente

Alejandro Andrade Coello

a la invitación de don Diego de Miranda, dueño del señorío de Villaseñor, en el que es objeto de burlas que no están a la altura de los corazones bien nacidos, como lo observó el inmortal escritor de los «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes», al condenar la conducta de nobles que así proceden. No olvidemos que el comportamiento sin reproche es oro auténtico de subida aristocracia, que lo demás, como el humo, se disipa, por oropeles que lo cubran. «Así que el grande no sope, que puede caer con ruido; el pequeño no se abata, que podrá subir al trono del potentado y todos piensen que es locura la soberbia humana, este afán de correr tras el nombre, cosa vana, humo, sueño, sombra y menos que nada, como es sueño y sombra y miseria nuestra vida».

Signo auténtico de nobleza es llenar de prestigio la lengua materna, que asegura la hegemonía nacional.

Y añade Julián Motta Salas,—acordándose del homenaje que en todo tiempo rendirán a Bolívar las naciones que su genio creó — que sus hijos de esta América libre «sabrán pelear como bravos por su independencia y mantener en los arcones del idioma el oro de ley, los paños y colgaduras orientales, las finísimas esencias de la epopeya castellana».

Consuela, en medio del reinante descuido por la pureza de idioma que es orgullo del Continente hispano,

Lo que han dicho después

que todavía personas eruditas pasen las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio estudiando el habla castellana, pesando sus dicciones, analizando sus giros, gustando de sus modismos.

Calle conoció el latín y no ignoró las etimologías del idioma. La huella de las clases recibidas en un seminario le bañaron de cultura. Después, su autoilustración. Tuvo el *instinto* del lenguaje, de modo que fluidez y claridad fueron sus normas. No es mérito pequeño el de que «se hacía leer».

De poseer recursos y una buena biblioteca, cuántas cosas intensas habría producido para honra de la lengua materna. Pero a veces no tenía más obra de consulta que un pobre almanaque. Gustó del relumbrón: sacrificó arte y veracidad en aras de la fama populachera. Comprendo que la expresiva palabra «espectacular» es neologismo, pero es muy expresivo, sobre todo en los tiempos que corremos, en los que priman las apariencias y se descuida lo fundamental, lo que ha de aprovechar hondamente al individuo y la colectividad.

En ciertos ramos de la administración se está propagando lo «espectacular». En eso consiste: en meter bulla, aun cuando las cosas que se hagan sean insignificantes, infantiles, hasta ridículas. El fin es llamar la atención, buscar la oportunidad de hacerse presente, dar el

golpe de efecto.

Y así se ejecutan disparates que a nadie aprovechan, caprichos ruidosos que tienen como única intención repicar el esquilón sensacional, provocar escándalo, ser "espectacular". Seguramente la palabreja debe venir de "spectaculum", función de teatro o cine.

La administración debería, en sus principales aspectos, irse al grano, alejando estos formulismos sonoros, que dejan la impresión de pólvora gastada en salvas, de simples y brillantes fuegos de Bengala que se apagan al momento.

Mientras tanto, hay problemas fundamentales y serios que en vano esperan solución. Se quiere solamente levantar una plataforma política, tener contento al público, fatigándole con naderías y apariencias.

El pueblo se da perfecta cuenta de estas comedias, de esta teatralería que nos perjudica en vez de aprovecharnos. Si se examinaran serenamente varios gastos, se palparía que de ellos no ha quedado en limpio sino "cierta ostentación" desplegada con fines ulteriores, que naturalmente no pertenecen al respectivo ramo, sino a la política.

La República ha menester de algo sustancial, como, sabiamente, preparan los departamentos que trabajan sin intenciones personalistas y sólo se preocupan del bienes-

Lo que han dicho después

tar general. La vialidad, la ganadería, la industria, la agricultura, el estímulo a la producción, el anhelo de exportar, son otros tantos problemas que han de estudiarse detenida y serenamente y que han de resolverse a conciencia.

En estas campañas no hay ni sombra de teatralería, se ha desechado "lo espectacular". En cambio, analícense otros actos: se verá que chocan por el prurito de "réclame" administrativo que entrañan. Nada se hace calladamente y con fondo técnico, sacrificando, en bien del pueblo, el renombre y efectuando con silencioso altruismo acciones que beneficien al niño, al joven, al público en general.

El civismo combate "lo espectacular" y se inclina ante las obras que merecen respeto y que han sido coronadas modestamente, en una faena constante de sacrificios y abnegaciones, profunda, sincera y desinteresadamente.

Calle representó la comedia espectacular. El periodismo fue su escenario hasta el fin de sus días.

Murió en temprana hora para las letras nacionales. Apenas pudo avanzar al medio siglo, en medio de aventuras, sufrimientos y horas desperdiciadas.

Desde el 9 de Octubre de 1928, su patria, Cuenca, consagró su nombre, bautizando con él un Instituto Normal.

Alejandro Andrade Coello

También una parroquia de Azogues, en la provincia del Cañar, se denomina Manuel J. Calle.

Y ahora, abramos el agotado libro que le dedicara hace tanto tiempo y que se publicó en Enero de mil novecientos diez y nueve, en la forma que sigue.

Quito, a 10 de Agosto de 1936.

Palabras sinceras

Quise a Calle entrañablemente. Algo de raro, de *sui géneris*, había en su temperamento, en su desembarazado porte, en su fresca memoria, en sus valientes y despejadas improvisaciones que sugestionaban, en su idiosincracia de pilluelo, listo y genial.

Mi admiración infantil, lejos de la patria, estalló en un atrevimiento: me vi tentado a dedicarle, desde Santiago de Chile, una pobre composición, *La Amistad*, que apareció en *Los Lunes*, si mal no recuerdo, allá por el año de 1.899

De vuelta a la patria, le conocí en 1.901. No he olvidado la impresión que me produjo, el viejo periodista, la tarde que fui presentado en un círculo de buenos liberales que le agasajaban.

—Le agradezco su composición, me dijo cuando se inició la charla de confianza. Pero cómo me he reído, compañero, de sus detestables versos. Los alejandrinos tienen de malo que son muy pesados. ¿Quién soporta catorce sílabas de un retintín a lo *Nocturno a Rosario*, de Acuña? No haga versos, dedíquese a la prosa.

Alejandro Andrade Coello

Siguieron consejos y alabanzas, que repitió después muchas veces.

Desde entonces, fue mi amigo, y por largos años. Cuando vivió en Quito, me tocó en suerte ser testigo de varios episodios originales, de carácter íntimo. Después, se alejó a Guayaquil. De allí, no pocas estocadas me lanzó con insistencia. Jamás le contesté con insultos; nunca abusé de la amistad— enfriada, rota por nimiedades— para sacar a relucir escenas reservadas o exhibirlas como arma de ataque. Al contrario, cuando pude, le defendí, más en privado que en público, porque en público se bastaba a sí mismo. Si se alejó sin motivo justificado, creo sinceramente que, *in pectore*, me apreciaba. Así lo recalcó cariñosamente a algunos amigos que le visitaron en la tierra de Olmedo y Llon.

Escribí un ensayo psicológico que le sulfuró, quizá por la condición del periódico y el momento en que había aparecido, en 1915; pero no fue culpa mía, sino del amigo director de cierta revista que en Guayaquil demoró en publicarlo, teniendo muchos meses en cartera.

Ahora que en temprano invierno la tumba le ha tragado, considero obligación mía deshojar sobre ella las rosas de la misericordia, esbozarle algún pálido recuerdo, significar mi dolor de modo sereno, sin lloriqueos ni exageraciones, poner en la gravedad del duelo la atenuación

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

y afecto de una crítica sana y dulce.

La simpatía mueve mi pluma. Puesta la mano en el corazón, que late emocionado añorando al excéntrico camarada, declaro que como amigo del alma he sentido su pronta despedida, como a preclaro talento la he deplorado en el silencio.

Peco de parcial al tratar con rigor su obra periodística.

—El juez, es decir, el crítico, sea ante todo estricto y honrado, me gritarán los que ansían que le condene implacable.

—Les contestaré, que aunque no he olvidado el consejo de Cicerón en el *Tratado de los Deberes*, la bondad y la decencia melifican siempre mis frases. « Todo lo que es justo es útil; todo lo que es honesto es justo; luego, todo lo que es honesto es útil ».

Si mi ecuanimidad ha querido marchar paralela a la justicia, el afecto me inclina del lado de la benevolencia, sin faltar, por esto, al fondo de mi consideración sincera.

A los timoratos, una frase final.

No se considere irreverencia o inoportunidad juzgar a un hombre público a raíz de su muerte.

—No es la hora— repiten los tímidos.— ¡Cobardía!, claman los que enmudecieron en vida.

Alejandro Andrade Coello

Pienso que los que se pertenecen a la patria deben ser juzgados desde el instante mismo que descienden al sepulcro. Se contribuye, de este modo, a la inmortalidad que el tiempo les va preparando y que la historia confirma en definitiva. La verdad no aguarda minutos convencionales, el amor no calcula horas.

A. A. C.

ORIENTACIONES PERIODISTICAS

MANUEL J. CALLE

I

Destrozado, consumido en la ingrata brega, cae para siempre el postrero de los bohemios de intelectuales dotes, el periodista popular, de ingenio y espontánea péñola, el resistente cerebro, minado ¡ay! por angustias físicas y morales que sangraron. La tumba, como en un abrazo de misericordia, se ha abierto para recibir piadosamente al que en los últimos años de su vida simulaba triste cadáver ambulante. No se preocupó de atesorar magnos afectos; pero la clemencia deshojará los lirios de su amor sobre la sentida fosa que tantos dolores se ha tragado. La majestad del silencio sepulcral ha de sellar también generosos labios, acallando las pasiones por él desencadenadas, en el vértigo de la contienda política y a ratos implacablemente personalista, tomando en cuenta que tal vez lo hizo con la sana intención del lidiador ciego de vehemencia que, en el vórtice de su pluma, arrastró al abismo del descrédito a no pocos hombres e instituciones, si bien proclamó muchas verdades y defendió el progreso a su modo, no obstante su pujo contradictorio y *massudo*.

A l e j a n d r o A n d r a d e C o e l l o

En la soledad de la hora luctuosa, no intentamos detenernos en la fría autopsia del ente moral ni descorrer sagrados velos. Vamos a decir nuestra oración, hondamente sollozante, por la pérdida nacional que nos aqueja; vamos a añorar de corazón al vencido soñador que devorado fue por la diaria faena periodística; vamos a expresar nuestra emoción ante el colega que se ha ido sin que se le franqueasen las puertas de la senectud, y nuestro cariñoso recuerdo al que un día quisimos y consideramos en el santuario de una amistad ingenua.

Varón todo espíritu, provocaba la ilusión de que se hubiera evaporado con un soplo. De baja estatura, blanco de marfil, escaso de cabello y barba, bizco, delgado, cuerpecito enclenque, cuando *zigzagueaba* por las calles, se hubiera barruntado que no está caminando, sino que se desliza. No marchaba recto nunca: sesgueaba suavemente, iba como de lado. Mantenía el extravismo en constante actividad a sus ojos, de tal manera, que el uno como que se antojaba entrar dentro del otro. Tan afinado como su cuerpo cenceño, su infantil metal fonético. Ceceaba a veces. Por minutos, languidecía su conversación, como a la remembranza de algo que le estuviera obsesionado. Acudía a muletillas para reforzarla. Cuando se acaloraba, subía un poco—con insistente ahinco—la tonalidad de su voz, que nunca llegó a ser robusta. No

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

le llovieron los dones de orador. Fue Diputado y Ministro del Tribunal de Cuentas de Guayaquil. En Quito Director del Registro Civil y Secretario de la Gobernación. Fundó diversos diarios y revistas y los asesinó al poco tiempo, como *El Nuevo Régimen*, *El Diario*, *La Mañana*, *El Radical*, la *Revista de Quito*, *El Buscapié*. Colaboró en periódicos liberales y conservadores. Acreditó mucho las empresas que él sustentaba sobre sus hombros.

En la familiaridad, muy ameno en el hablar, por más que sus palabras no acudían fácilmente al conjuro de su inteligencia. Ejerció la mordacidad, aun bajo la apariencia de caricia. Echó mano de anécdotas caseras y latigazos despectivos. Conoció al dedillo a sus compatriotas.

De los públicos, supo reconditeces o las inventó con su aguda intuición. De los ecuatorianos de viso, inquirió su vida privada para no olvidarla nunca, pues su potencia retentiva de veras asombraba. Le nacieron denunciadores de oficio, falsos amigos que temblaban ante sus pullas y delaciones, anonimistas maliciosos y comedidos intelectuales que, como agentes de policía secreta, en el afán de sacar la castaña por mano ajena, le escribían minuciosidades y reservadas culpas.

En la charla de confianza, transparentaba su larga carrera periodística, presentándose con franqueza sin lími-

Alejandro Andrade Coello

tes, cautivadora, sugestiva, si de las demasías no usaba como arma de censura. Tan asombrosa su memoria, que no sólo escribía sin libros de consulta, sino que contaba episodios de la escuela y recordaba las cosas más insignificantes de su vida lejana, allá en sus queridas aldeas del Azuay, como cuando era estudiante de retórica bajo la dirección del Dr. González Suárez y, abandonando libros, iba en busca de moras y a voltear *churucus* en compañía de Ariosto Crespo y Víctor León Vivar.

Tal era la apariencia de esta figura extraordinaria: una miniatura de prodigio, un microbio sabio. En el transcurso de los siglos, acaso no se repita cualidad tan rara.

Jamás pudo imaginarse, quien le vio de cerca, que ese sublime hominicaço tan de cortas fuerzas fuese un periodista gigante, de continuos bríos. Fingía su organismo tan pobre aspecto fisiológico— un principio degenerativo incapaz tal vez de la maravilla de proficuas lecturas e infinitas plumadas— que desconcierta la pesantez de su materia gris.

Descuidado en el vestir como en el hablar, en el gobernarse como en el producirse, en el método como en la economía, fue el tipo de lo que en lo moderno han llamado *bohémio*, pero un bohémio auténtico; chispeante, genial, laborioso, activo, soberbio, voluntarioso, ingobernable.

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

Calle fatigó la prensa del Ecuador, la amas, laió dominó en ocasiones, escandalizó en ella por más de un cuarto de siglo, increíble multiplicidad y presteza. Escribió con diversos seudónimos: Benvenuto, Arturo, Enrique de Rastignac y sobre todo *Ernesto Mora*, que le volvió famoso por sus *Charlas*. Se prodigó en el anónimo, cuando se cansaba de firmar o cuando la urgencia del periódico, falto de artículos y colaboraciones, lo estaba demandando.

No se puede sentenciar de lleno ante complejidad y movimientos tan sin tasa como los expuestos. Cada día— dado el conflicto del tráfico moderno— es más difícil legislar en campo tan vasto como el de la inteligencia, manifestada en sus producciones artísticas, sobre todo si brotan como flores de improvisación, prematuras panojas diarias, cual acontece en el precipitado y febril cultivo periodístico.

Variadísimos conceptos, hasta encontrados, se exponen, se manosean en él acerca de los términos absoluto, perfecto, libre, patriótico, republicano, honrado, idóneo, culto, de los que abusa el plumario cotidiano. En medio de tanta fluctuación, de tanto contrasentido, se halla a la postre algo estable, inamovible; pero los cambios son frecuentes y acarrearán ofuscamientos, perturbaciones en las filas políticas, en los cenáculos literarios que no son extraños a ellas, en la facción gubernativa, en el gru-

Alejandro Andrade Coello

po opositorista, en el acercamiento o el odio a tal o cual bandera.

Aunque, como dijo el filósofo Wodrow Wilson—figura que ha de reverenciar el mundo— «los mares de la política no son de fondo y para navegar en ellos se necesitan barcos de poco calado», no por esto se aminoran las tempestades y los naufragios; ni decrecen los desastres en poca agua, que se enturbia más.

El capricho, la emulación fundan escuelas flamantes, facciones políticas y literarias, resucitan otras, a medida que el escritor, el periodista, se ven modificados por los sistemas educadores, por el curso del medio ambiente, del calco, de la vena creadora, de la necesidad, del acicate del hambre y hasta de la locura.

A Calle varios principiantes le han imitado en su manera periodística, agresiva, ligera, descuidada, devota de lo sensacional y escandaloso, pese a la honra del prójimo y resientase la sólida preparación.

Influída por variadísimos hechos. esta unidad sintética que llamamos criatura racional, es motivo de numerosos y prolijos estudios, no siendo el menor el literario, que reflejando está el estado de conciencia individual y colectivo; el grado de refinamiento de una nación y de sus componentes. Desde este aspecto, la literatura es el examen del hombre. Calle se retrata en toda ella y pe-

culiarmente en sus *Charlas*.

El alma, considerada en aislado centro en el conglomerado social, obedece a un motor consciente. ¿No sucede lo mismo, al fin y al cabo, con las letras?. ¿No es la psicología su base?. ¿No es la razón la domeñadora? Quien al público se dirige por la prensa, no debe desconocer la responsabilidad de estos factores. El literato se propone causar emoción, transmitir la suya a los lectores, y el literato - periodista con mayor lógica, desde que orienta a las masas.

Como cada día anhela darse explicación de todo, su moderna literatura—inclusive el periodismo ilustrado—al igual de las demás ciencias, tiende, no sólo a ahondar los hechos, deducir leyes y hablar bellamente de ellos o escribirlos, sino a ser justiciera, ecuánime, verídica, decente, conociendo, a conciencia, el cimiento de aquellos mismos hechos, su comprobación palmaria. Sirviéndonos de una frase de Bacón, los literatos del porvenir serán «los intérpretes de la naturaleza».

La literatura agita vivamente los estados del alma y ennoblece sus estudios, bebiendo en las fuentes de la Filosofía y su congénere la Psicología, en la Fisiología y sus hermanas las Ciencias Naturales y Biológicas. Lo demás, la crónica barnizada, es verba gárrula, humo.

¡Ausencia de ciencia experimental y de dosis socio-

A l e j a n d r o A n d r a d e C o e l l o

lógica en ese borbotante talento repentista de Dn. Manuel J. Calle, impresionador de multitudes, agitador de pasiones políticas, ágil, ameno, arañador de epidermis y de honras; pero no muy trascendental y sustantivo!.....

Queremos sólo referirnos a su destreza de periodista, fundida en férreos moldes, cortada a la antigua, machacona, ampulosa y maldiciente, de pronto muy pegada a los clásicos. Flaquearía más, si le tratásemos como a crítico.

Sus chispazos de acierto, en uno y otro palenque, no fueron inspirados por la ciencia y la fondura, sino por la adivinación, por la audacia, por la memoria feliz, que viajaban en alas de su lozana fantasía y de su inteligencia desbordante, que ingeniando estuvo revestir del colorido de la verdad lo que en cien instantes latió muy lejos de ella.

Casi nunca remontó el vuelo a las serenas regiones del análisis fundamental, pues su traviesa musa fue casera, ajena a los problemas de la filosofía y la estadística, que preocupan al orbe, si bien erudita en el solar propio y conocedora de sus miserias.

Cuando le faltaba temas, sacaba material hasta de los almanaques, forzaba la máquina de la invectiva, pellizcaba, chir laba, improvisaba sin descanso, trayeno a colocación olvidadas flaquezas de los demás para producir ron-

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

cha, para levantar polvareda, para solaz de la plebe, aunque fuese de levita o de muceta.

Nadie ha puesto en duda su espontaneidad intelectual y las triquiñuelas inagotables de escritor impresionista

—¿Con qué llenamos esta columna, compañero?, solía preguntar al amigo de sus confidencias. Estoy agotado. El diario va a entrar ya a las prensas.

De repente, dábase gentil palmada en la frente: el tema había acudido. Poníase a escribir largo y tendido. Total: la columna estaba llena, y en apretada letra.

Solía poner la tinta en un plato, a fin de humedecer mecánicamente la pluma y no perder tiempo en la búsqueda del tintero.

En la medición de cuartillas tenía tal práctica, que sus originales alcanzaban siempre las dimensiones justas, en la letra de molde que él escogía.

—Esto dará dos compuestas en *pica*, decía a los cajistas. Estotro media columna en *long*. Levanten esto en *small*.

II

Ya descansa el batallador atropellado. Su ajeteo fue en reducida zona. Calle no viajó nunca, no se apartó de la República. Saltó solamente del terruño a Quito, de Quito a Guayaquil y quizá a otras ciudades y provincias de la



Alejandro Andrade Coello

costa o sierra ecuatorianas. Pero se dio trazas de hacernos viajar en el vehículo de su fantasía. El no haber salido del país fue siempre una deficiencia cultural para el escritor. Le faltó la escuela inolvidable del mundo a través de razas y países. ¡Cuánto bien y cuánta tolerancia; como oleadas de luz, habrían entrado en su alma ante el mar sin límites! Llanuras sin fin, espacio para todos, nos convidáis a la amplitud, a la visión inmensa, al desligamiento del egoísmo. ¡Viajar! Sentir lo intenso de la vida a través de otros espíritus y otras comarcas; seguir una esperanza rediviva y cambiar de emoción y de alborada, de sol y de cielo, de lengua y de creencias, es pulirse, es educarse en el doble aspecto objetivo y subjetivo. Hoy un clima, un paisaje, exóticas costumbres, un talento despampanador, un capricho etnográfico, un ejemplar de civilizaciones olvidadas; mañana, otra metrópoli bajo distintas latitudes, una primavera plácida, un estío de fuego, una mentalidad diversa, un representante de otro medio no soñado. ¡Qué de tangibles aprendizajes, qué de emociones que, entrando por los ojos, recorren la espina dorsal con voluptuoso espasmo!

La lucha no le franqueó campo para emigrar, pues la pelea era áspera e interminable; en su psicología y en el pueblo al que halagaba. Próximo habría estado para el exilio, por sus peligrosas provocaciones; pero el exilio

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

de la muerte ha aquietado su rebeldía. A primera vista, inexplicable es que no hubiera conocido el destierro. Pasó inmune, salvo tres o cuatro arremetidas de carácter personal, contundente cobro de cuentas atrazadas o de frescas deudas. Esto desconceptuaba un tanto su agresión porfiada, que se trocó en impune e inofensiva por parte de quienes poseían el derecho a la revancha. Si tuvo valor para el combate singular, es innegable que influyó su naturaleza más invulnerable que Aquiles, siendo un atleta de menor talla que él.

Si se puso del lado del liberalismo, no prevaleció en la defensa, pues le escarneció sangrientamente, con espada de doble filo, con argumento contradictorio y acervo; más no en la médula doctrinaria.

El criterio plebeyo le batió palmas; pero no siempre de buena fe, sino con el gusto morboso del que en el torneo taurino contempla desastres que espeluznan.

Las plegarias de la concordia y la decencia, de la disciplina y adelanto de la patria no serán, de hoy más, por el huérfano, sino por el genio sin ventura que retardó su adelanto y arrojó la manzana de la discordia en el hermoso jardín de la familia ecuatoriana.

Pacíficas batallas de la idea, de cordial acercamiento, de purificación y alegría para el hogar republicano, ¡cuán raras y difíciles sois! La inquina satura de gases

Alejandro Andrade Coello

asfixiantes la atmósfera: el debate se metamorfosea en hecatombe, mucho más desafortunada que las peleas al aire libre en las locuras fratricidas, donde al fin, cuando generosidad alienta, se tiende la mano al adversario y después de la derrota se perdona al enemigo, como acostumbró el general Eloy Alfaro en cien combates.

Presintiendo tal vez su cercana muerte, en Febrero de 1915, decía a su honorable amigo Don José Eleodoro Avilés, entre otras oraciones sentidas y que humedecen la pupila, lo siguiente, a manera de testamento y de dolorosa autobiografía, al legarle la pluma de oro que le ofrendaron seis años antes:

«Señor y querido amigo:

«Usted que me conoce de cerca desde que— hace ya mucho más de veinte años, — llegué a esta ciudad, en la plenitud de la juventud, con un mundo de entusiasmos e ilusiones por equipaje, y que, también de cerca, con afecto como de padre y constancia de mentor, me ha seguido en mis peregrinaciones en la prensa política; usted sabe de cuánta amargura está henchida mi pobre existencia, y cómo la injusticia y la ingratitud de los unos, que me arrinconaron siempre por falta de ambición o valimiento por parte mía, dieron alas al odio de los otros, que ensombrecieron mi camino con la calumnia y la incalificable campaña del insulto.

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

«No me quejo nunca, porque demasiado sabía que la preterición y el desconocimiento son la moneda con que los canallas pagan a quienes les sirvieron con lealtad en la hora de la prueba; y en cuanto a la perpetuidad de la injuria y de la envidia— que han labrado hondamente,— tengo de vidrio las paredes, y a dios gracias, jamás me he rendido a las sugestiones del interés personal, como tantos otros, y, en una vida sin vicios, mi crimen ha sido la pobreza, y mi falta mayor haber solido morir de hambre en silencio al borde del festín de tráfugas y sinvergüenzas».

Voy acopiando con fidelidad esta página que pone de resalto su manera de ser y producirse desembarazada y hasta desgarradamente; pero con un acento tal de convicción, que está convidando a desorientarnos, inclinándonos, ya a la creencia ciega, ya a la negación rotunda, pocas veces a la duda. Ser o no ser, musitábamos, sin hallar término medio. Continúa su sentida epístola:

«Por esta larga campaña, animada a veces, como sucede ahora, por los mismos jefes de la situación a que he servido, me he destrozado el alma— ¿Para qué negarlo? — como una puñalada más añadida al sinnúmero de las que aún sangran, desde que me vi abandonado y solitario en la senda ignominiosa, mientras gemían en la miseria mi madre y mis hermanas, allá en la ciudad nativa..

Alejandro Andrade Coello

«¿Y qué compensación, qué consuelo para estos dolores íntimos, para estas angustias inconfesables? Parece-me haber equivocado el camino. Han rodado sobre mi eternidades de años, tengo cuarenta y ocho, y he vivido ciento, si padecer es vivir. Me creía un modesto soldado de las libertades públicas, desde que aprendí a manejar la pluma de periodista, y no he sido más que un forzado de las letras de molde, peón de imprenta a discreción de editores sin conciencia, y en vísperas siempre de quedarme en media calle, y cada vez más menguado el pan, más dura la jornada y más débiles los hombros. Suponía que estaba cumpliendo un alto deber de verdad y de justicia, y no hacía sino cumplir la tarea para llenar la olla. Me juzgaba un hombre y no era sino una máquina de escribir. Y he ahí que he llegado a la vejez, y me encuentro en las proximidades de la tumba, enfermo, desmembrado, desconocido, sólo y sin protección, como un pobre paria que puede tenderse tranquilamente en el lecho último del Hospital, seguro de que no habrá para él una lágrima, mucho menos un pensamiento que le sobreviva veinticuatro horas».

Quedará resonando la elegíaca página de su vida recóndita, la confesión desnuda de lo mucho que sufrió y que la historia esclarecerá para mengua de los que comerciaron con su pluma, la dirigieron torcidamente y a ve-

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

ces regatearon la soldada. Oigamos cómo salen sus incontenibles suspiros, que sublevan, que aplanan, ¡oh, paradoja!, al reflexionar en la suerte de los aptos, a órdenes quizá de los ineptos.

«Vida lúgubre, días aciagos: mucho desconsuelo, mucha desesperanza, y no poca angustia para conseguir honradamente ese alimento que Dios da de balde a los pajarillos del cielo y a los insectos que se arrastran a flor de tierra... ¿Vale la pena de tomarlos en cuenta?»

Los estímulos no se abrieron para él como jardines en florecencia. La florecilla que le fue obsequiada casi desaparece en la guirnalda de espinas. Por eso, le sorprendió esa alborada de enhorabuena. Escuchémosle con el interés que comunicaba a sus auto—cuitas.

«Pero una vez sucedió una cosa para mi extraordinaria. Corría el mes de Agosto de 1.909, y era tal la tiranía que pesaba sobre los ecuatorianos, de tal modo se había impuesto el imperio ya indisputado del Crimen, bajo todos sus aspectos, en todas sus formas de opresión, sangre y rapiña, que algunos patriotas quiteños, militares y paisanos pertenecientes a los diversos partidos políticos en derrota, creyeron efectuar un acto simbólico de protesta honrando a los adversarios del Gobierno en el día más grande de las efemérides ecuatorianas... No daban para

Alejandro Andrade Coello

más las circunstancias y fue así como esos patriotas se unieron para premiar a uno de los últimos escritores independientes, reacio al temor y a la fatiga, cuya voz bien podía ser— y efectivamente lo era,— la del que clama en el desierto, pero que, en el silencio y la atonía circundantes, expresaba a gritos los dolores y las iras impotentes de la conciencia nacional.

«Todo es ya muy viejo, mi querido amigo, mas, viene a cuento.— El elegido fui yo. Mi labor nada significaba sino por la sinceridad de la protesta y el valor del esfuerzo, porque la hora resultaba solemne en su horror trágico, y nadie podía prever en aquella noche ignominiosa, durante la cual se rindieron tántos creyéndola perpetua e irremediable, que la justicia providencial preparaba sus caminos y no estaba lejos el día de las tremendas retaliaciones.....

«Era una plumita de oro el obsequio. Pero, antes de que ella llegase a mis manos, tras muchas semanas, ya la envidia le había babeado, negándome el derecho a recibirla el odio partidarista, y héchome paladear la amargura de aquel pobre dón, la calumnia en consorcio con el imperio y la burla.

«Mi triunfo.... ¡pobre, mezquino y amargo triunfo! Si el envió simbolizaba una hoja de laurel, tuvo tantas espinas, que se clavó en mis manos al recibirla,y

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

sentí dolor ante las miserias del ajeno egoísmo. Y la sombra antigua del Eclesiastés, hijo de David, entristeció mi alma, porque todo, en efecto, era vanidad de vanidades y aflixión de espíritu...

«Sin embargo, era el único aplauso que, durante mi vida, llamaba a mi soledad... ¡Y en qué momentos! Momentos crueles cuyo rigor no olvidaré nunca, cuando sólo por casualidad se encendía lumbre en mi miserable tugurio, y andaba por las calles arrastrándome como un gusano, enfermo, desarrapado, la escoria del mundo: y luchando por una patria, que aún no se redime de vergüenza, por unas libertades desaparecidas hasta hoy, por el procuramiento de la verdad, la decencia, la probidad, arriba y abajo, que todavía no asoman por ninguna parte....

«Sí; era un aplauso, un implícito reconocimiento de la bondad de mi oscura tarea; y no lloré de emoción, porque los infortunios mayores de mi existencia secaron hace fecha la fuente de mis lágrimas. Callé y seguí en la obra, y seguiré en ella hasta que se me rompa la pluma con la vida, y vaya en el postrer rasgo de desdén contra los expoliadores y mendaces, que son tribu inextinguible en el gobierno de esta República, la mueca postrera del asco por la existencia misma que sucumbe protestando»

Alejandro Andrade Coello

El pronóstico se cumplió: la visión fúnebre da a conocer que ya sentíase fatigado, enfermo, henchido de atormentadores desencantos. Este último rasgo raya en lo sublime, por las penas que desata.

«¿Y qué hacer con el regalo?— Pensé en mi pobre y ausente madre, para enviárselo. Ella no sabía sino rezar y llorar; ella no conocía las intrigas de los hombres y la calamidad de los tiempos: ¿qué presente, pues, para ella aquella prenda cuyo valor no llegaría a conocer, aunque la remitiese empapada en mi llanto, saturada del calor de mis besos, bendita, en fin, por la pureza e intensidad del filial afecto?

«Pasaron los años, y mi buena madre murió sin saber de mis luchas y mis dolores, amándome y bendiciéndome. Y como hoy me reputo solo en el mundo; y como es Ud. quien nunca me faltó en mis horas negras, como Ud., testigo de mis combates, ha sido el consolador de no pocas amarguras, leal y bueno. durante veinticinco años, en una amistad serena que no alcanzó a empañar la menor sombra ni pudo perturbar la más leve sospecha, quiero que Ud. conserve como suya esa modesta joya, en recuerdo mío, ahora que me alejo allá por la lejanía inmensurable».

Ante tan tristes palabras ¿cómo no compadecer piadosamente al torturado escritor? Más que decantada

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

valentía, acusó torpeza insultarle como lo efectuaron sus implacables enemigos; y, sobre ridiculez, fue infamia cuando el insulto descendió a la sofalta vil, como, por desgracia, lo hicieron.

III

El desencanto y la melancolía poética de esos grandes elegíacos y desilusionados portugueses como Eugenio de Castro, Camilo Castello Branco, Juan de Dios Ramos, Antero de Quental, serían menester para trazar el temprano desastre de una existencia amargada por el hambre, por el rudo jornal de la pluma y por las miserias privadas que ensombrecieron su alegría y le forzaron a aborrecer a una porción de la sociedad egoísta que veía impasible —cuando no gozaba en silencio— el dolor ajeno, por recóndito que fuese, en la entraña misma del hogar y el individuo.

La vida le fue cruel, la vida le fue intranquila. Razón le sobró para desatarse y retorcerse en espasmos olímpicos y tender a la misantropía. Cargado de ácerbos dolores en la materia y en el espíritu, como Sísifo, con ponderoso fardo a costas, se ha derribado, desfalleciente antes de la vejez, a causa de su debilidad, mórboso temperamento, neuropatismo y raquítica organización. Cuando en el fatigoso ascenso ya creía llegar a la cima del ideal

A l e j a n d r o A n d r a d e C o e l l o

soñado, su educación, sus nervios, el reducido medio ambiente, la voracidad del clima, su impetuosidad relampagueante y sus crisis, no de histerismo temulento como prejuizaron los mal intencionados, sino de inquieto hombre de letras,— tal es la palabra propia, pese al galicismo,— le fueron empujando a lo profundo.

¡Lástima de gran talento, a ratos desperdiciado en repentistas obras de circunstancias, actos análogo al de quemar pólvora en salvas! Con facilidad pasmosa, pudo escribir libros definitivos que vertiesen amor, bien y belleza sobre el mundo.

Conviene insistir en que, si se exceptúan sus leyendas, sus sentidas necrologías, sus cuadros de costumbres, la mayoría de sus semblanzas, unas cuantas bibliografías y cuentos amenos, varias críticas de sus conterráneos y algún otro artículo de carácter más levantado y general, todo lo demás— y es mucho—son fuegos pirotécnicos muy vistosos y chamuscadores. Aconsejábanle quienes bien le quisieron que se dejase de aquellos parloteos de comadre y que escribiese volúmenes serios y duraderos sobre la base de la filosofía y de la estética y con un poquillo más de gramática, a la que, en el diario producir, hubo época que descuidó un tanto, al extremo, no sólo de perder apuestas filológicas, sino de caer en estrecho círculo de trilladas frases hechas, pobrísimos giros y muletillas, deses-

Don Manuel J. Calle--Orientaciones Periodísticas

perantes por lo sobados. ¿Gajes de los fecundos desde Lope de Vega a Galdós? ¿Recursos de gacetillero insigne que improvisaba sus artículos?

¡Sudar treinta años, pluma en ristre, embadurnando carillas a destajo en las empresas periodísticas de los más opuestos ajetreos y los credos más encontrados, con volubilidad de ola, de aquí para allá, a caza del tema escandaloso y del arañazo personal, es para consumir mármoles y bronces! Algo muy sombrío será lo que tumultuariamente se desate en el alma de un operario de esa talla. Seis lustros de diario y atropellado ejercicio le dieron pasmosa mecánica, rutinaria, vecina de los vocablos poco distinguidos que el tomó— como trapos sucios de un cajón de sastre— al tanteo, por puñados, para arrojarlos a la sociedad que con estoicismo digno de estudio soporta mortificaciones. Se alegará que en treinta años de no abandonar un oficio, el inútil remendón llega a saberlo al dedillo. ¡Probad esa constancia! La muerte os saldrá al camino.

Sobre la férrea perseverancia, es menester que destellen clara inteligencia sintetizadora y fresca memoria, conocimiento de la negra crónica política nacional, del torbellino de sus hombres públicos y hasta de las flaquezas de camarilla, como si se dijera de entre sábanas. Entonces el periodista va tomando seño adusto y fama, aun-

Alejandro Andrade Coello

que fuese la de Eróstrato. A falta de datos íntimos, la suspicacia estará forjándolos, sin que haya un juez que legalice las firmas de responsabilidad suplantadoras de la evidencia.

Comprendía que sus discípulos, los muchachos a quienes enseñó a garrapatear en los periódicos, sus empleados de ínfima cuantía y hasta sus implacables censores han subido como espuma: aun ufanos anduvieron por las secretarías de Estado, en tanto que él, Calle, permaneció siempre junto a la dura cadena del diarismo, como un galeote. ¡Oh, martirio estéril!

¿Cómo no odiar así a la sociedad?

Predicar tanto y tanto, derrochar causticidad para que pocos le hagan caso en definitiva, ¡qué amargo desconsuelo! Espinoso es el campo del periodismo, escenario ingrato y desacreditado en el que *Ernesto Mora* patentizó prodigios, desgarrándose el alma: se multiplicaba, consumía su salud y su numen, poniendo en peligro su cerebro por un plato de lentejas franciscanas, para que, a la postre—después de sembrar odios y de provocar tempestades,—su pasmosa espontaneidad resultase hueca. seductora como líquida llanura que el viento cabrillea; literatura con pocos fines éticos y sin lecciones arrancadas a la historia y a la naturaleza.

Se ha discutido si Calle fue mal agradecido. La

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

gente vulgar le calumnió con este erróneo aserto; los sensatos le defienden invocando la idiosincracia del periodista. Han visto más bien un tipo descontento y un espíritu contradictorio, sin disciplina ni régimen propios. Nada satisfizo a su *patos*.

Los ecuatorianos recuerdan cuántas veces Calle besó las manos del General Alfaro y cómo este dadivoso gobernante le colmó de oro. Cierta ministro se llegó al Viejo Luchador y le dijo:

—General, Calle está sin destino; ha ofrecido defender al Gobierno con la hábil pluma que tiene. Conveniría aprovechar de sus servicios.

—No quiero que mis actos sean tergiversados por un perro, contestó Alfaro, y le volteó las espaldas al secretario de Estado.

El episodio es rigurosamente histórico. Don Abelardo Moncayo fue testigo de la escena. Invocar un nombre tan ingente es garantizar la evidencia.

Desde entonces, jamás le volvió a ocupar en el periodismo oficial: cuando pudo al fin convencerse de la insinceridad de su turiferario de todas horas. Tal la causa para que, un lustro después, le combatiese a sol y sombra, y hasta aplaudiera la ignominiosa tortura de que fue víctima el que había sido su protector. Pero en seguida se arrepintió de ello y trazó páginas vibrantes,— cuando ya

Alejandro Andrade Coello

Alfaro estaba purificado en la hoguera, como en crisol de martirio,—en las que reconocía los méritos del Viejo Luchador. Esto no significa ingratitud ni inconsecuencia: es simplemente el pródromo de un temperamento. Son efectos de la neurastenia. ¿Qué culpas se amontonarán entonces como una montaña sobre don Manuel J. Calle?

El fecundo campeón del diarismo nacional ensalzó, en *Figuras y Siluetas*, a renombrados políticos que pocos años después puso como chupa de dómíne en *Los hombres de la revuelta*. Maldito el hombre que en el hombre fía, canta el refrán popular. Si antes aquellos santos varones fueron revolucionarios y por ello Calle les alzó más arriba de los cuernos de la luna, ¿por qué puede ser ilógico que volviendo a presentarse como tales en otra guerra civil no fuesen acreedores a iguales alabanzas?

El Genral Eloy Alfaro le compró, quizás no regiamente, pues valen más todavía, no pocos folletos políticos y religiosos, y le franqueó las imprentas. «*Un manojo de artículos*», «*Historia de un crimen*», «*Señores y amigos*», «*Un viejo artículo y algunas reflexiones oportunas*», «*Cuatro palabras al partido liberal*», «*Los dominicos extranjeros*», «*Cuestión del día*», «*Algunas palabras sobre el partido conservador ecuatoriano*», publicado en 1.897; «*Pío VII con el Congreso de la República del Ecuador de 1902*», «*Censuras pueriles*»,

Don Manuel J. Calle—Orientaciones Periodísticas

Algo sobre la cuestión religiosa en el Ecuador y las conferencias en Santa Elena», etc., etc., todos fueron más o menos generosamente recompensados por el mártir Alfaro. El año de 1.904, el General Plaza le premió por el folleto «Cuestiones del día.— Breve resumen de algunos asuntos políticos,» en el que defendía, a tambor batiente, la elección de dicho presidente, su gobierno y hasta las ideas de sus mensajes. En la Imprenta Nacional ha publicado multitud de hojas sueltas regularmente remuneradas; en la Imprenta Nacional la *Revista de Quito*; en la Imprenta Nacional *El Buscapie*; en la Imprenta Nacional folletos propios y ajenos, como los versos de Serrano y de Crespo Toral; en la Imprenta Nacional diarios de vida efímera; en la Imprenta de la Casa de Artes y Oficios (igualmente de la Nación) otra *Revista Quito*, más folletos y más diarios, flores de un día; en la Imprenta del Instituto Mejía (también de la Nación) más periódicos en homenaje del General Alfaro y de los hombres a quienes este magistrado sacó de la oscuridad y de la nada.

Inmensa ha sido la tarea política de Calle, muy ingeniosa su polémica, demoledora su diatriba. Adolecía tal vez de fuga de ideas y de dispepsia moral.

Multitud de veces confesando estuvo públicamente que fue amigo del General Plaza, y es el peor enemigo

Alejandro Andrade Coello

go que ha tenido su Gobierno, inclusive sus ministros y empleados. Plaza, facilitándole algunos destinos, no le había abierto nunca la derrochadora bolsa. He aquí la inquina, no obstante los deseos de nombrarle secretario suyo. Con fajos de *gruesos sures*, otro rumbo habría tomado su administración en las maldicientes *Charlas*. Plaza habríase convertido en un Pericles para *Ernesto Mora*, como para *Benvenuto* lo fue al principio Alfaro.

¿Educatora su faena de tantos años? En los últimos lustros, ninguna idea nueva de carácter universal, ninguna novedad literaria, nada que perfeccione y eduque ha brotado, por punto general, de su pluma. Jamás arrancó un secreto a la naturaleza, un alto comentario a la ciencia, un rayo de luz a la sociología, una chispa a la sublime estética, no obstante su admirable dón de asimilación y su transparente inteligencia, alimentada por lozana y robusta memoria. Torrentes de odio, arroyos de inverosimilitudes, montañas de candideces, selvas de hojarasca, batallones de nombres propios que destilan hiel y carne licuada, críticas mordaces y livianas, burlas, sátiras, crónicas volanderas, notas sociales y políticas de superficial estructura, cuadros jocosos sin consistencia ni arte, he aquí su acervo, casi todo precipitado, con todo contradictorio, con todo hiriente y de accesoria importancia, aunque de mucho interés local, de confanzudo divertimento.

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

Parece que su vista hubiera sido muy corta en la ciencia y en la ética, aunque muy larga en nuestra política. Su edificio intelectual sospechábase construído sobre la base del *pauē lucrando*. A muchas de sus *Charlas* le sucederán lo que al pobre Tomlison de la balada de Rudyard Kipling: serían rechazadas del cielo y del infierno y entregadas al fin a los diablillos para que jueguen con ellas a la pelota, porque son «un relleno de viento y de papel impreso con unas pocas líneas robadas al prójimo»

No obstante las dádivas de Alfaro, opino que no alcanzó a ser lo suficientemente remunerado por el generoso caudillo. Para un escritor así, debió fluír un chorro incesante de pesetas, aunque las arrojase a la calle con prodigalidad merecedora de tutoría. A una figura así, cupo mantenérsele— antes que en la cocina del periodismo partidarista y escandaloso, de oposición ciega o de bajo oficialismo— hasta en el Pritaneo a costa del Erario, y tener para su fecundidad abiertas de par en par las imprentas de gobierno. Conjeturo esto como una alta y sagrada obligación de apoyo intelectual, aquí donde sólo hay Nerones contra los que escriben [pobres víctimas de tantas tiranías! y los Mecenas son mucho más raros que las décadas de paz.

Calle se producía también de encargo, con la misma facilidad que cuando chacoteaba en letras de molde,

Alejandro Andrade Coello

aunque a veces forzando sus temas periodísticos; sólo que no sabía guardar el secreto de esos favores de pendolista.

«Yo di borroneando tal discurso, yo hice tal mensaje, es mío tal informe,» ha repetido casi imprudentemente por la prensa. Cuando uno consiente en que el grajo se ufane con cintajos ajenos, pienso que es sencillamente ridículo reclamar la propiedad de las plumas que se regalaron. *Sic vos non vobis*.

Pero Calle— alma inmensa y multiforme en un organismo diminuto— se atrofiaba, se ahogaba, se desesperaba; no pudiendo contenerse, estallaba: sus franquezas fueron rudas y sus delaciones inhumanitarias.

Sus salidas de tono, han de considerarse como actos primos, *impulsividades* de su enfermizo carácter. Por esto, resultaron tan frívolas y tan callejeras: llegó hasta la vulgaridad desesperante y la chavacanería en sus chicotazos que despellejan al prójimo, que traen de los cabellos al Fulano su enemigo y al Zutano su émulo, para pincharles con alfileres, venga o no al pelo.

Sus chispazos del momento deleitan, asombran, queman vistosamente sólo el día ocasional u oportuno ... ¡Veinticuatro horas de deslumbramiento! Sus más grandes verdades—siempre en la estrecha esfera de lo casero, de la política chiquita de chismes, cuchicheos y suspicacias— pasada la primera impresión, tentaron ¡ay! al en-

Don Manuel J. alle — Orientaciones Periodísticas

cogimiento de hombros, cuando no a la indiferencia, burla y olvido. Indignaba tal descorazonamiento con un periodista de tantas facultades. Y más aún cuando acostumbraron decir ¡cosas *de Calle!*, entre muy significativa mueca o despectivo gesto.

La sociedad acaso fue injusta con este sublime pordiosero; pero él se vengó, pagándole en la misma moneda. Como estímulo, estuvo recibiendo insultos procaces e impías desgarraduras para su hogar, venganzas, maduras por gacettilleros imbéciles y rebaños que se dicen intelectuales. ¡Gritos de impotencia de adversarios pigmeos, que le acometieron con torpeza! Causan lástima las embestidas tontas, en las que el brutal agresor sale deshonorado y derrotado; triunfante el agredido. Más le cubrieron de fama que dañarle los montones de vaciedades y bajunos episodios que le han dedicado. Alguna vez una caricia aduladora, más de miedo que como brote de afecto. A pesar de su astucia y lúcidas facultades, varias veces han sacado la castaña por mano ajena: por la de Calle. Llegó a ser sorprendido, en el ansia de echar al vuelo el badajo del escándalo. Ya se ha dicho cómo una sola vez recibió una pluma de oro como testimonio de cierto político grupo que le consideraba como el primer periodista de la República. Si hubo alguna otra manifestación, no fue sincera, sino inspirada en planes políticos.



Alejandro Andrade Coello

¿Por qué tan censurable aislamiento que le condenó a la misantropía?

Será porque todos conocieron la vida del talentoso y enternecedoramente infatigable periodista. Porque le conocieron demasiado, no le prestaron todo el crédito ni la trascendental representación social. Su irritable haz de nervios fue susceptible de múltiples mudanzas. Es difícil barruntar cuando se ha de aplaudir con el mote sincero lo que su vena irónica fluyó. ¿Quién se dejaría persuadir de buena fe por el conocido y elocuente orador sagrado que andando escandalosamente de picos pardos y amistades manflotescas predicase acerca de castidad, citándose como humilde modelo? ¿Quién le creería al diablo cuaresmero que se metiese a santo?

Si, con gracia y vivacidad a veces, otras con fluída y audaz grosería, mordemos hoy al que besuquearemos mañana, y maldeciremos mañana al que acariciamos ayer, ¿cómo fiarnos de astenia tan pronunciada? Mas sus contradicciones, aunque numerosas, no son monstuosas, porque supo disimularlas con gracia y naturalidad. El sofisma jugaba en sus manos: el prejuicio y la adivinación fueron sus compañeros. Medio desfloró algunos asuntos, y ya se hizo cargo de sus corolarios. Su instinto periodístico destacóse poderoso. Indudablemente tanta pericia y desafiado halagaron a las multitudes. Batuta en ma-

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

no, ha sido director de algunas orquestaciones descompasadas y disonantes. Lope de Vega le dio un consejo que Calle no olvidó por amor a la muchedumbre. Abundaron los asiduos lectores y los ocasionales de *Benvenuto*, *Ernesto Mora*, *Arturo*, *Enrique de Rastignac*. Los periódicos que él dirigía fueron arrebatados de las manos. La causa psicológica hallaréis en la comidilla diaria que les dió, propia de la índole del pueblo y de la mísera condición humana: el escarnio, el insulto al prójimo y el provocativo puchero político, plato del que no se privan en el Ecuador ni los niños, ni las mujeres, ni los eclesiásticos. Es muy humano inquirir el mal ajeno; el bien, el mérito, tantas veces pasan inadvertidos. Más sabemos de los defectos del vecino que de sus virtudes. Nuestra psicología, falta de bases educativas y de toques delicados, poco culta en el ataque, grosera en la alabanza, se refleja en gran parte del periodismo ecuatoriano, ordinariamente agresivo, con una agresividad sin distinción ni maneras, plebeyo en la burla, mezquino en la censura, envidioso y despechado, egoísta y tristemente monopolizador. Parece que el listo e ingenioso Calle hubiera sido su encarnación. Necesitamos de otra escuela más pulcra y humana, de colores insinuantes y de finos modales. Amancemos al lobo.

¿Por qué, al presenciar una caída, el primer impulso, el maquinal sentimiento tienden a exteriorizarse en

la bestia humana, a dibujar una sonrisa?

IV

La historia del periodismo, desde Pedro Moncayo hasta Calle, pasando por Montalvo, y en especial la de estos últimos tiempos, dictaminará quiénes han corrompido a una porción de las nuevas generaciones; quiénes las desorbitaron con el mal ejemplo de su diatriba, de su cháchara virulenta, escarnecedora de honras y méritos; quiénes han implantado el periodismo personalista, lleno de burlas para el individuo y no de sanos correctivos para el medio social; quiénes han destinado secciones del diario para el bajo reclamo y el arañazo alevé; quiénes, como impelidos por obsesión vesánica, han hecho blanco de impías descargas a Fulano o a Zutano, después de desarrollarlos vivos.

No se comprende así la decencia. Los que proceden de tal guisa no son periodistas de guante blanco, sino granujillas de talento. Los actos que emanan de la inteligencia, no pueden ser irresponsables: tienen su ética, su objeto, su fin.

Pascal sentó esta máxima: «Trabajemos en pensar bien, he ahí el principio de la moral».

¿En manos de qué endriagos se ha vuelto irrespon-

Don Manuel J. Calle -Orientaciones Periódicas

sable el periodismo? ¿Qué versátiles plumas han estado empedernidas en abusar de su debilidad física y de su escasa significación moral? Con la milésima parte de lo que han garrapateado, habría materia suficiente para duelos, plantamiento de causas criminales y jurados de imprenta; pero aquellas plumas arrasadoras se han mantenido incólumes, precisamente porque quienes las manejaron— incluyendo algunos jovencitos audaces y sin preparación ni experiencia— han sido nulos tanto en vigor corpóreo como en solvencia ética, amasados para estar soportando cualquiera componenda o humillación cuando el caso apura.

Prueba de la gran libertad de imprenta— que redundaba en libertinaje— de que goza el Ecuador es que cierto género de producción encanallada—el mordisco a las reputaciones— haya sido comidilla de cada día entre arrogantes charlatanes que profanando estuvieron el dictado de periodistas.(*)

El periodismo es luz y magisterio, graba indelebles lecciones, su gléptica eternal queda en la historia: no es

(*) *Téngase en cuenta que este folleto fue escrito en época constitucional, en 1.919, antes de que nos imagináramos los periodos político - militares y dictaduras del Congreso y del Ejército, desprendidos del 9 de Julio de 1925.*

Alejandro Andrade Coello

diccionario de voces malsonantes, plaza de vociferaciones desvergonzadas, antro de pequeñeces, ofuscamientos y ruindades. Contradecirse con frecuencia, volver familiar conversación de comadres el asunto más sublime no es ser periodista. El periodista, prescindiendo de cualquier lucro individual, del lógico logro económico, codiciador, derrama sus enseñanzas y abriga altos ideales. Si se registran ciertas colecciones de diarios se hallará, con pena y vergüenza, millares de palabras duras, descomedidas, incultas contra centenares de personas de valía, paineles ruborizantes y chillones de un cuadro desnudo y vulgar, marchamos que con gruesos caracteres anuncian mercadería averiada y barata; se notará insistente y cotidiana labor perniciosa y disociadora. ¿Quién ha acostumbrado al pueblo a estos baratillos de conciencia? ¿Dónde los problemas sociológicos, el remedio para nuestras necesidades económicas, la sección de agricultura, la reforma de las costumbres, el culto a la patria y sus reliquias, el planteamiento de temas científicos y civilizadores? ¿Dónde la obra educadora?

¿Tan desmedrados estamos que hemos de seguir soportando con impavidez tal derrumbamiento de las instituciones y de las almas; tales garrotazos de ciego en la cabeza de la República, representada por sus personeros más distinguidos? «Las sospechas de inmoralidad ajena

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

expresan casi siempre la medida de la propia inmoralidad», ha dicho Luis Araquistain. Miserando el periodista que duda de todo el mundo, que maldice al género humano.

¿Qué sanción para la iniquidad en letras de molde? ¿Habrá algún cerebro, por obtuso que sea, que defienda la sinrazón de los que desde las columnas del periódico arrojan cieno contra la sociedad? Aplaudirles, defenderles, negra cabardía, inaudita complicidad. «Bondad que raya en miedo, no es bondad sino bajeza», sentenció don Juan Montalvo.

¿Cómo volver solidaria, jóvenes altivos e ilustrados, la ruin peonada plumaria que desacredita al periodismo ecuatoriano? Ya es hora de reaccionar a la vida de seriedad y robustez de ideas; ya es hora de fundar escuela de caballerosidad y saludable magisterio, tal como estilan algunos diarios cultos de Quito y Guayaquil que jamás— ni en la sección de remitidos o en el buzón de la correspondencia callejeadora— han aventurado un prejuicio ofensivo ni una frase áspera que prohíbe la más rudimentaria cortesía. Recapacitemos en que el periódico entra a los hogares, en que es el pan de cada día.

¿Daremos alimento ponzoñoso a la esposa modelo, a los inocentes hijos? ¿Envenenaremos paulatinamente a la familia?

Alejandro Andrade Coello

Ennoblezcamos a la prensa, considerando como leprosos morales a los que la infaman con repetida letanía de términos de baja ley y censuras descabelladas, de croniquillas y anécdotas licenciosas, ligeras, que, como quitrines y volantes, ruedan de calle en calle, estropean al lector y desaparecen para siempre.

La crítica es tribuna, es cátedra, es conferencia de sólidas enseñanzas: de sus observaciones se desprenden floración de arte, profundidad estética, irradiaciones psicológicas, linfa clara y erudita, magnas hipótesis, bella revolución de ideas y de corrientes históricas, ritmos, emoción. ¿Qué de armonía, de espiritual desplegamiento, de nuevo, de saludable nos están brindando los *valbuenas* ignorantes que arremeten como un toro sin dar el *por qué*, sin pesar valores, sin examinar la energética anímica, sin corregir con sabiduría, sin enmendar con despejado criterio, sin sopesar el fondo latente y la tersa forma?

Nada requiere más preparación, más ciencia, más sutil análisis, más sabia síntesis, más ilustrada substancia, más penetración y amenidad que la santa misión de la censura de razonados vuelos. Es lo que el insigne B. Sanín Cano dice, al estudiar la obra de Lugones—, me entusiasma que se refiera al coloso argentino— llamándolo «el investigador paciente, el de los estudios perennes, que difunde sus seis o siete sentidos por todos los ámbi-

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

tos del pensamiento humano; el estudioso que lo mismo se llega a una planta desconocida para determinar sus rasgos característicos y fijarla en términos científicos, que peregrina por los museos de paleontología para señalar los errores en que han incurrido los preparadores de esqueletos fósiles. No conozco disciplina que le sea extraña: su curiosidad insaciable lo devora y lo asimila todo: la rigidez de las aparentes verdades matemáticas; los tímidos escauceos del filólogo al través de esta materia plasmable y escurridiza de las lenguas vivas, la historia de su pueblo, los antecedentes de la vida en todo un continente: los fundamentos de la creencia, las aspiraciones y los límites del poder investigador del hombre. Pero lo que resulta más raro en esta curiosidad inapaciguable, es que ella no tiene por objeto, como en la mayor parte de los espíritus modernos, el conocimiento por el mero placer de adquirirlo. La infatigable preocupación de Lugones se complica con el deseo vehemente de hallar la manera más lógica y sencilla de transmitir esos conocimientos al hombre en general y a las mentes imprevistas de los niños en particular. Tal debiera de ser la imagen del crítico de verdad y, por ende, del periodista. El admirable espejo estimula.

Prejuizar únicamente, no es mejorar ni menos dic-

Alejandro Andrade Coello

tar fallo con honradez. Zoilo hay que, por confesión suya, ha juzgado de tantos libros sin siquiera ojearlos. *Yo no leo majaderías, yo no leo estupideces*, suele repetir. Sin embargo, crítica, o más bien, apalea al tanteo. ¡Pasmaos de tan inescrupuloso proceder! Ni filosofía, ni ciencias sociológicas, ni labor constructiva ni arte, ni estética hallaréis en la generalidad de las faccias de mal género y censuras bibliográficas del que con nada se contenta y presume abarcar mucho: un enjambre de lugares comunes y groserías valbuenescas, y nada más.

El espíritu del siglo ya no tolera somníferos engendros ni vulgaridades. La crítica de hoy, desplegando nítidas alas, nos encumbra hasta el infinito.

La crítica, con mentalidad serena, selecciona la enorme producción de nuestros días. Hay tanto que leer, que es locura desperdiciar el tiempo en recorrer apretadas columnas de insultos y lugares comunes. Aquí del diálogo del sutil Antonio Zozaya:

«Ignoras— me ha dicho Gabriel— que el escritor moderno no puede especializarse. Se le exige que hable de todo, que sepa de todo, que en todo nos ilustre y distraiga. Pero suponiendo que hable de una sola materia ¿puede dejar de leer media docena de periódicos de su país y siquiera dos o tres extranjeros? Esto supone cincuenta enormes páginas de lectura diaria. Sea cualquie-

Don Manuel J. Calle--Orientaciones Periodísticas

ra la materia que escoja, muy raro será el día en que no se escriba acerca de ella un grueso volumen. El movimiento de librería es colosal, y una quincena de abstinencia y de holganza supone un tremendo atraso. Hay además que conocer la labor anterior, que es inagotable, tanto más cuanto que cada vez se borran más los límites de las ciencias. No hay tiempo siquiera para registrar enciclopedias. Hoy ya se leen índices y, como ha dicho muy bien Unamuno, muy pronto no habrá tiempo de leer siquiera catálogos. Es una fiebre que nos agobia, que nos mata, que no tiene ni ha podido tener precedentes».

¡Rechacemos la verba insustancial y el inventario de insultos de la golfería periodística!

El periodista moderno es sacerdote de cultura y progreso: habla a las masas la verdad y, civilizando sus ritos bárbaros, las vuelve dignas de un pueblo grande. Se alejan los tiempos del fantasear superficial sobre temas de poca monta, de herir a destajo sin suministrar bálsamo para esas heridas, del demoler desaforado sin construir nada. El último representante de este periodismo negativo y a la antigua, cayó ya abollado el escudo, rota para siempre su lanza, en la inclemente brega. No surgirán sus discípulos. El periodismo de hoy decora otras orientaciones.

La juventud que combate en los campos de la pren-

Alejandro Andrade Coello

sa empuña la razón como espada flamígera y como loriga el bien esplendoroso. Construye, no destruye. La legión masedónica llamada a salvar a los pueblos del naufragio de creencias, costumbres y tradiciones, tan sólo es esa juventud del periodismo nuevo, educada en la escuela del honor y no del «chantage», que se encamina al santuario del estudio, abominando improvisaciones y ligerezas, ahondando las materias a conciencia, en pos siempre de la verdad, de toda santa redención prelude, sincera hasta el sacrificio.

Para el periodista de vocación, guía de las multitudes, el insulto es arma cobarde y la mentira cosa ruin. Contradecirse sin razonamientos, contradecirse por capricho, por «tic» nervioso, no es de acerados varones que de la pluma fundieron una cruz de honor. Se puede cambiar de conceptos, enmendar opiniones, decir lo contrario de lo que ayer se afirmó; pero sólo cuando la noble rectificación es hija de profundo análisis, de investigamiento más prolijo, de convicción reformada por la lógica. Entonces confesar el error es un deber: la declatoria de este deber nos engrandece. Pero ahogar por precipitación, por odio, por soberbia, por comezón escandalosa, la chispa de la justicia que no debiera morir en nuestras almas, sino fulgir como incendio purificador, como luz bendecida, compañera del mortal hasta la huesa, no es presen-

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

tarse como vocero de la opinión pública, por talento que se derroche.

¿De qué sirven las prácticas viciosas y desorientadoras? Culto de fetiches, ceremonia externa, adulo a caudillos y colosos no es labor edificante. El periodista se dirige a los humildes: recoge sus penas, enmienda sus dolores, enciende en ellos la esperanza. Nada son las demostraciones ampulosas y los raudales oratorios, el palique vacuo, lo que fluye con amenidad, si en el pecho llevamos intenciones cual llamas del infierno, sed de venganza y pasional hambre.

Periodismo es religión pura y sincera. El sentimiento religioso es uno: hagamos que se eleve a regiones de luz, para consuelo de tantos que se arrastran por el fango, invocando, al tramonto de su vida de angustias y de duelo, una limosna de piedad en nombre de la cultura que tanto escarnecieron.

Que caiga del amor la bendecida lluvia y refresque a todos con largueza: al infeliz que en sus horrendas noches la desgracia le agobia y la ignorancia; al valiente proscrito que peleó por las libertades públicas; al mártir de la ley, al hombre público que mira se esfuma en la indiferencia la sombra del ideal, al huérfano del saber, a todo el que tiene al infortunio por su constante colega, el más fiel en su vida solitaria, de sus sollozos único tes-

Alejandro Andrade Coello

tigo. Para todos, el periodista vierta su bálsamo, para todos realice obra positiva, edifique, levante problemas sociales, cimente credos.

Pasaron ya los periodistas demoledores, cortados a la antigua, rencorosos y arañadores de honras.

«Los modernos cronistas son filósofos. De la pequeñez de las cosas diarias están componiendo lecciones. El periodista de hoy es muy humano.

V

Soy partidario del principio ético y patriótico de fomentar en los pueblos el amor a sus mitos. Por este lado, la doctrina de la degeneración que con frialdad examina psicosis y neurosis de los hombres excelsos tiene sus inconvenientes. Los pueblos deben levantar en su corazón, en su hogar, en las plazas públicas, altares a sus ídolos. Esto fortifica, esto retesa el patriotismo, la moral y la tradición que frescos estarían conservándose en la memoria por el culto de la gratitud y del recuerdo. Aquí vendría bien lo del filósofo burlón: si no existieran esos astros mayores, habría que inventarlos. Pero tengámonos dignos de las generaciones, como un trasunto de elevación no de caídas. Los romanos quisieron con fanatismo a Julio César, la América ama hasta el delirio a Bolívar,

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

el Ecuador libre— la juventud— ha de ensalzar a Mejía, Olmedo, Montalvo, Alfaro. ¡Sublime culto!

Cuando la virtud surge en algunas de sus fases— en la del carácter sobre todo— nos ha de enamorar. El talento sin carácter, sin dignidad, sin pudor, es cristal que está pasando inadvertido entre el sucio natrón. La impronta que el pueblo modela no siempre es perfecta. Muere alguna persona, ahí el derroche de epítetos ridículos por lo altisonantes.

Hace poco falleció un bardo de tristísima vida por sus actos indignos, por sus *chantages*: la plebe de los periódicos le llamó inmaculado, noble, portento. A lo más, en su tumba, por piedad, debería figurar el dístico amargo que se lee en la del poeta Pérez Bonalde:

«¡Envidia ¡oh, mortales,

Al poeta infeliz, después de muerto!»

La gloria gasta crueles ironías: hasta la prontitud de la muerte influye, lo mismo que las circunstancias en que se realizó. Sucre es más grande, no obstante la magnanimidad de sus virtudes, por su sacrificio de Berruecos. El alevoso asesinato selló la inmortalidad. La inquina de los hombres, el furor de la política, quizá habrían intentado empañar la gloria del Abel americano al morir viejo y en la cama. Pocas veces perdona la calumnia. Si no hubiera sucumbido en el combate de Barrón, la historia

Alejandro Andrade Coello

no guardaría silencio acerca del abuso de la severidad de Diego Portales. Esos cuarenta y cuatro años bruscamente interrumpidos, entusiasmaron a los chilenos, hasta el punto de ungirle con el óleo broncíneo.

Bolívar, aniquilado moral y físicamente, Alfaro en el arrastre vil y la tremenda hoguera, García Moreno abierta la cabeza de un machetazo, Arboleda asesinado, crisoles son de inmortalidad, por el martirio. Errores y culpas purificados están, para llamarles, con derecho y en voz alta, excelsos y sagrados. No hagamos objeto de la veneración pública ni perpetuemos en el bronce sino a varones que indudablemente poseyeron méritos de esclarecida resonancia. Los demás fueron virtuosos, sí; mas, la virtud de los mediocres, es refulgencia común. No así la del genio. La virtud del genio es inagotable, estruendosa, agobiadora, es otra clase de virtuosidad. Un mojigato puede pasar por irreprensible, un avaro por desprendido, un cobarde por valiente: diversas e inconfundibles son las virtudes del genio.

Con vivo entusiasmo me propuse desentrañar la biografía del Dr. Vicente León. Escribí a algunos de sus estudiosos conterráneos, nada; me dirigí al notable literato Dn. Juan Abel Echeverría: su carta me descorazonó. Hace lustros de lustros, también él acariciaba el proyecto de trazar la vida de su paisano, no consiguió datos satis-

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

factorios. ¡La obscuridad se ha tragado esta existencial! El Dr. Vicente León es una figura simpática. Al fin de su vida su gesto cívico, de heroico desprendimiento, raro en estas tierras, de golpe le ha inmortalizado. Sin hallar parientes a la mano, asignó sus economías a su lugar natal. Aplaudimos con alegría el acto.

Aquí encaja una digresión sobre el problema económico. Juzgo que hasta cierto punto la economía es instintiva: se da la mano con la poderosa fuerza natural de la conservación, que es ciega a veces. La prueba es que los pródigos son degenerados a los que el código civil tiene muy en cuenta y les señala tutor o curador, porque el derroche es síntoma de locura. Dilapidar es lo anormal, economizar es lo corriente. ¿Merecerá premio esta cualidad casi instintiva? De ninguna manera; es plausible, pero no admirable.

El Dr. Vicente León economizó toda su vida. Fervidos aplausos, cariño al ciudadano modelo por su conducta; pero no estatua. (*) La gratitud ya le ha consagrado un colegio de enseñanza secundaria que constantemente le tributa honores. La provincia, grandemente dotada por su fertilidad y bellezas naturales, no debería llevar el nombre de León, sino de Cotopaxi: es más subli-

(*) *En 1.929 se concluyó el Parque Vicente León que ostenta el monumento a este filántropo. El Con-*

Alejandro Andrade Coello

me. Olmedo, en versos de bronce, al ponderar la valía del Libertador, «árbitro de la paz y de la guerra», expresa, hermosa y filosóficamente, la idea de que todo es caduco en la tierra: pirámides, templos, inscripciones, sacerdotes, dioses, son ludibrio del tiempo «que con su ala, débil los toca y los derriba al suelo». Sólo la naturaleza es perennal.

«Mas los sublimes montes cuya frente
a la región etérea se levanta,
que ven las tempestades a su planta
brillar, rugir, romperese, disiparse;
los Andes— las enormes, estupendas
moles sentadas sobre bases de oro,

greso de 1.909 creó fondos para levantar dicha estatua. Reunidos más de ochenta mil sucres los diputados leonenses pidieron, en 1.918, que se tomaran setenta mil sucres de esa cantidad para invertirlos en la obra del aguapotable para la población; pero únicamente se destinaron treinta y cuatro mil sucres, dejando los cincuenta mil para el monumento. Ya se ha exteriorizado la gratitud de un pueblo al Dr. León, del que casi nada dice la Monografía de la Provincia publicada en 1936. ¿Por qué ha de continuar llamándose León, en vez de Cotopaxi, como se denominaba desde 1.851? Urbina, el 10 de Octubre de 1.861, fundó la Provincia de León que había sido suprimida en meses anteriores por haber objetado el Decreto respectivo el Presidente don Diego Noboa.

Don Manuel J. Calle—Orientaciones Periódicas

la tierra con su peso equilibrando—
jamás se moverán: ellos, burlando
de ajena envidia y de protervo tiempo
la furia y el poder, serán eternos».....

¿Por qué alterar la naturaleza? Más célebre es el Ecuador por el formidable Cotopaxi, uno de los más temibles volcanes del mundo, que por el Dr. Vicente León. Ese penacho gigantesco de humo sobre un albo cono, ese constante vomitar de materias inflamables, ese rugir incesante, admiran y despiertan la curiosidad del orbe. La provincia del Cotopaxi es el nombre concedido por la naturaleza a esa región. Mucho más relevantes y ponderables son: Pichincha, Imbabura, Tungurahua, Chimborazo, Cotopaxi, Azuay que los títulos humanos. ¿Provincia de León? Suena a miseria humana, y no a un baluarte natural, ciclópeo, límpido, fragoroso, fulmíneo, con vestimenta nívea, dinámicamente insustituible, irremplazable, rico en rocas intrusivas y extrusivas, calizas berilíferas de encantadora transformación, aguas magnéticas, valiosos yacimientos para la mineralogía, admirables combustibles fósiles para el paleontólogo.

¿El veneno, el puñal, el odio lugareño caerán sobre mí por estas ideas muy sinceras?

Cuentan que la química sirvió, en tiempos remotos,



Alejandro Andrade Coello

para castigar a los que no guardaban los secretos. Los sacerdotes egipcios daban a los divulgadores el ácido cianhídrico, que la industria ha aprovechado después en la composición del azul de Prusia. ¿El arte sagrado del patriotismo— como el de la caridad— debe permanecer en un recóndito santuario, a fin de que sus misterios se conserven en el secreto del alma? ¿Se me formará causa por divulgador de conceptos que debieron callarse?

Yo me defiendo y digo:

Como en mecánica hay producción de energía, de la que tanto entendió Arquímedes para ilustrar la ciencia y defender a su patria, así también en los campos espirituales existen grandes desarrollos de energía que sirven para mover las agrupaciones humanas y levantarlas hacia el ideal. Esto hacen los conductores de pueblos, esto hicieron César, Alejandro, Bolívar, Napoleón, Joffre, Foch, Clemenceau, Alberto de Bélgica, Wilson, Guillermo II, Alfaro, cada cual a su modo. Fueron grandes fuerzas sociales. ¿Dónde las magnas virtudes cívicas, el radio de la idea, la energía psicológica que arrebató a los pueblos?

Hablo con todo mi corazón— sin prejuicios ni pasiones innobles— porque tengo derecho a decir la verdad. Hay en la historia una especie de cansancio moral que conturba a lo sánimos honrados y eclipsa a la mayoría

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

de las inteligencias: no se toman la molestia de pensar, ni de investigar; se contentan con seguir la corriente. Este es el caso del Dr. León. No desconozco sus relativos méritos; pero no los agiganto. Si él merece una estatua, erijámosle a Romero, Sotomayor, Seminario, Aguilera, Carrillo, etc., todos filántropos. La filantropía es barniz social, esmero de educación, pero no sobresaliente dón, exclusivo del genio. En los Estados Unidos es acto corriente. Millonarios construyen templos, universidades, bibliotecas, ciudades. Nadie les llama genios. Ningún estado de la Unión les bautiza poniéndoles en la geografía. Su naturaleza, sí, han perpetuado los genios, los héroes, los monstruos de la naturaleza.

¿Se me acusará también por no haber llamado a Calle ilustre, eximio, impecable, fénix de los ingenios y otros epítetos baratos y rimbombantes? Le he considerado como a hombre, como a pobre mortal, con vicios y virtudes.

Cual por la mano del verdugo ¿qué recaerá sobre mí de la diestra de algún fanático paisanaje que juzgue férula sancionadora mi débil ensayo? ¿Cómo condenarán tal desacato? ¿No le he denominado a boca llena genio? Entonces la envidia ha estado ardiendo en las entrañas. ¿Analicé brevemente sus genialidades o la rareza de sus actos? La superficialidad y el preconceito me

Alejandro Andrade Coello

han asistido. ¿Recomendé una faz de su campaña liberal y el bravo enfrentarse contra sus enemigos? Quiere decir que la parcialidad y el sectarismo me inspiraron. Tampoco le he colmado de insultos. ¿Capítulo de acusación por no haberle ferozmente denigrado, como después de su muerte, con furor de chacales, ha hecho la intransigencia? Si no comulgó con su credo, reconozca al menos alguna bondad en el enemigo. (*) No le he puesto por encima de los cuernos de la luna, menos he intentado

(*) *Defendí a Calle y rechacé las malas artes de sus enemigos. La siguiente carta de devolución de un pasquín contra él, es confirmación muy reveladora de mi actitud:*

Quito, a 4 de Mayo de 1916. Señores Editores de «El Vengador»—Casilla 651.— Guayaquil.— Señores: No rehuyo un favor a cualquiera, menos al amigo, si me lo demanda dentro de lo posible y decente; pero niego todo al anónimo.— Ustedes no firman su solicitud y lo que en ella quieren es indigno. Les devuelvo por tanto, por este mismo correo, los trescientos ejemplares de «El Vengador» (N 1) que me han enviado para que lo haga repartir.—Yo no me valgo de estas armas. Jamás las he usado. ¿A qué título me envían «El Vengador»? ¿Sin duda porque creen que odio al Sr. Calle, porque me picotea a menudo?. Se equivocan.— Yo no odio a nadie.— Escribí con mi nombre y apellido, un artículo «La Psicología de Calle», que el Director de la «Revista Juan Montalvo» me pidió exclusivamente para ésta cuando vino a Quito. Con todo, sin mi consentimiento, lo publicó en «El

Don Manuel J. Calle—Orientaciones Periodísticas

que le pisoteen las bestias del camino o le destrocen las aves del cielo. ¿Ataques por fas o nefas? Sinceramente he consignado mi parecer, entrando de preferencia en el terreno periodístico, aplaudiendo lo que aplaudir me mandaba mi conciencia, a despecho de romanos y cartagineses, de conservadores y liberales, de aliadófilos y germanófilos, de guayaquileños y conquenses, de connotados y extraños.

Tiempo» de Guayaquil, después de muchos meses y en el momento menos caballeroso, aprovechándose de mi artículo para venganzas de otros. en la época en que todos arremetían contra Calle. Sacaron la castaña por mano ajena, después de que escribí al Director de dicha Revista, ordenándole expresamente que no publicase mi artículo, porque sabía que don Manuel estaba enfermo. Yo no negué el talento de Calle; ni le ataqué fanática, brutalmente. En mi artículo no hay insultos ni desvergüenzas, menos anécdotas de su vida privada, sagrada para mi a toda hora. Además, aquel estudio respondía con mi firma, sin disfrazarme.— Hagan ustedes lo mismo, Señores Desconocidos, y si encuentro razonable sus observaciones, no me negaré a hacer repartir el periódico de ustedes, siempre y cuando ya conozca quiénes son y a quiénes debo dirigirme; pero de ninguna manera los números, que vengañ velados y vedados —Mientras tanto, protesto del abuso de confianza que conmigo han ensayado en forma inculca e indigna, que rechazo. — Señores editores: Alejandro Andrade Coello».

Alejandro Andrade Coello

Calle murió en Guayaquil el 6 de Octubre de 1918. Entregó su espíritu con entereza, sin mojigaterías de última hora. Liberal convencido, la prueba palmaria irradió en el lecho del dolor. No claudicó en el espasmo gélido. Su larga agonía fatigó a la clínica. Minaron su pobre organismo algunos morbos, agravados a minutos por su propia mano, cual sucedió a Rubén Darío. Del selecto poeta dice, en amoroso estudio, Max. Henríquez Ureña: «A la postre, el vicio fue la causa directa de su muerte, relativamente temprana; pero, en cambio, quizá sí, como pudiera suponerse en el caso de Edgar Poe, el alcohol influyera en dar ciertos matices intensos y originales a su poesía». A más de sus complicaciones caquéticas y pulmonar, Calle falleció de la misma enfermedad de Darío: cirrosis. La ciencia, que velaba solícita al borde de su cama, se confesó impotente para salvarle. De un momento a otro se esperaba el desenlace fatal. Como se considerase perdida la brega, anticipáronse a levantarle suntuosa capilla ardiente en la Biblioteca Municipal. Abrigióse después débil esperanza de vida, lo que les indujo a desbaratar el monumento funerario de antemano preparado. La lucha era cruel e insistente. Venció la parca, cuando ya empezaba a hablarse de lenta convalecencia. Nuevamente se vieron impelidos a improvisar un túmulo. Imponencia regia lacanzaron sus funerales. La «Avenida Chile» semejaba

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

un océano de inquietas y enlutadas olas. El pueblo le lloraba conmovido.

— Ha muerto *el que hace* las «Charlas», murmuraban las gentes de más inopia mental, los humildes menestrales.

El Cementerio General donde yacen sus despojos fue invadido por millares de obreros, como elocuente y postrer homenaje al periodista que tocó en el corazón de las multitudes, a las que trasmitió, sin temor, algunas verdades del afanar político. Metido en él hasta los codos, no dispuso de preparación para ocuparse en problemas internacionales. Cuando alguna vez se acercó a ellos, no se distinguió por la discreción, hasta el extremo de que cierto escritor peruano de alta estima le propuso reproducir las «Charlas», no por otros móviles, sino por lo que en ellas leyó contra Chile. Nada de sugeridor escribió sobre el porvenir de la guerra europea, ni alcanzó a columbrar la actitud de América después de la hecatombe universal. La proximidad de la paz no le amonestó ideas de orden elevado ni soñó siquiera en una sociedad de las naciones, menos en las eclosiones del socialismo.

Con su pluma, pudo inducir al Ecuador a que tomase una actitud viril y resuelta, afiliándose desde el principio en el rango de los pueblos que amparados eran por el derecho de gentes y la solidaridad americana. Ninguna de

Alejandro Andrade Coello

las teorías internacionales del Nuevo Mundo le interesó. Así, por ejemplo, el Uruguay, el 18 de Junio de 1917, en un decreto que no se olvidará, avanzó estas proposiciones: «Declarar que ningún país americano que, en defensa de sus derechos, se hallare en estado de guerra con naciones de otros Continentes, será tratado como beligerante».

«Ordenar que no se cumplan las disposiciones que se o pongan a la presente resolución». El mismo año el Presidente del Perú expresó: «No habrán sido estériles los sufrimientos de la Humanidad durante estos años de guerra terrible que arrastra a ella a la democracia más poderosa y más pacífica de la Historia, si con su esfuerzo se levanta el nuevo edificio de la sociedad internacional sobre la base incommovible de la justicia y del respeto a la soberanía». Lo dijo comentando la actitud del Presidente Wilson en su discurso de 2 de Abril de 1917. Creo que es obligación de las expertas plumas que se dedican al periodismo, tratar de preferencia los asuntos internacionales, la causa de los pueblos y de la Humanidad. La orientación del periodismo del día se sale del marco de la tierra y se extiende por dilatados horizontes.

Compatriotas que residían en Francia, Bélgica e Italia volvieron sus angustiosos ojos a Calle, suplicándole que con su talento defendiese el reinado de la justicia y condenara las depredaciones de la guerra europea. Calle,

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

quizá por el mal estado de su salud, recibió con frialdad la férvida insinuación y no abrió fogosa campaña en pro de la libertad del mundo, en protesta de la postración de Bélgica, en bien de la dignidad humana.

¿Corresponderá entrar en su estilo? El estilo fue *él mismo*. ¿Cómo sentar nada acerca del estilo periodístico, tan fugaz de suyo? Sin embargo, Calle se caracterizó por su estilo inconfundible, que en ocasiones añoraba el clasicismo.

¿Reglas para la formación del estilo? ¿Consejos tal vez?

Despejado joven me expresaba lo siguiente, en su actuación escolar:

—Una huella, un sello en la senda nos señala el camino. Asimismo la huella honda que el dolor abre en las vidas nos señala el camino a lo largo del cual han brotado nuevas rosas de paz. ¿Reglas, mandatos, para la formación de esa huella? No, nunca. El sentimiento nos marca el paso de la vida, por lo tanto, las reglas son cosas retóricas de antaño. Un sér que en la oscuridad de la noche no ve las sinuosidades del sendero, no podría seguir adelante: necesitaría luz. ¿Para qué murmurar a su oído, en vez de ella, una letanía inacabable de reglas?

Calle en su juventud se consagró a lecturas de provecho, bebió en claras fuentes. Esto le sirvió para que

A l e j a n d r o A n d r a d e C o e l l o

su estilo, cuando quería cuidarle, sedujese, a pesar de los defectos que apuntaré en otro capítulo.

—Con tal de que dominen pureza, armonía, claridad, precisión y sobre todo decencia en el lenguaje, lo demás se os dará por añadidura, repetía un maestro.

Otro juvenil poeta, tan inteligente como el que arriba cito, discurría de este modo sobre el estilo:

—Las palabras— que ya han llegado a ser tan legendarias, tan conocidas, tan manoseadas— atribuidas quizá sin fundamento a Bacón: *el estilo es el hombre*, han sustituido algunos con estas otras: “El estilo hace al hombre”. Para mí, ambos lemas tienen razón. Suponed a un indio con su atavismo religioso de siglos, con sus tradiciones de casta, con su amor panteísta a la naturaleza, con su sencillez nativa y que al producirse vacie toda esa alma legendaria y tendréis a Rabindranath Tagore. Figuraos por un momento a un adolescente romántico que supiese bordar amorosos idilios, églogas modernas, y que al acercarse a nosotros, en hermandad de autor a lector, nos musitase todas esas cosas bellas; y tendréis a Lamartine. Así, pues, “el estilo es el hombre”. Pero dejando de mano esas visiones que os he sugerido, fijad la pupila en Flaubert, Wilde, France y tendréis comprobado que “el estilo hace al hombre”. Veréis a Flaubert sufriendo, cuando, como el protagonista de una

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periódísticas

de sus novelas, con idénticas aventuras e igual escenario, ama ardientemente y nos dice de sus tentaciones; veréis a Baudelaire arreglando toda su vida a un ideal satánico de misterio y rareza suprema; a Wilde expresando las torturas de la cárcel y de su "de profundis" redentor; a France pinchando con sus alfileres. El estilo es puente que une al hombre con sus hermanos de la humanidad. Abrigo dos ideas acerca de la formación del estilo: "asimilación y aislamiento". Por medio de continuas lecturas que se amolden a nuestro gusto, a nuestra inclinación, por medio de constantes asimilaciones, podemos formar el estilo. Pero será un estilo de imitación, impersonal, deficiente, limitado. Por el contrario, si, en un aislamiento de cartujo, aquilatamos nuestras ideas, comparamos nuestros pensamientos con las primitivas fuentes de la naturaleza y del alma; si producimos todo lo que balbuce nuestra psiquis, huyendo de esas lecturas que podrían llevarnos a la imitación, a la asimilación a veces perjudicial; si nuestro lema fuera "crear" en lugar de "creer", lograríamos la formación de un estilo personal, nuestro... y de la naturaleza.

Induce a reflexionar si estos conceptos pueden aplicarse a periodistas turbulentos como Calle, que no dispusieron de tiempo para reconcentrarse, para vivir la vida de cenobitas. Materialmente les fue imposible en-

Alejandro Andrade Coello

tregarse a largas lecturas y esculpir primores de forma. El periodismo está en la obligación de sugerirlos, en el arte, en la economía, en la sociología, en las ciencias públicas, en el estadio pedagógico. Toca a los cotidianos predicadores desde la cátedra de la prensa amoldar la cultura ciudadana en turquesas ideales; elaborar su alma en laboratorios éticos, difundir la química del bien, alma de mil reactivos, fuerza engendradora de cien fuerzas, desde la mágica combinación de la palabra, hasta la combustión de los bajos sentimientos.

¿Esmero como el de Heredia, el burilador estremo-
so, fresco por el puñado de sonetos que no hinchen ni el
rincón de un plúteo; prolijidad igual en el periodista? Se-
ría el ideal de los maestros del diario, pedagogos y orífices
del idioma, incansables en limar el lenguaje, como lo hi-
zo el franco—antillano de los *Trofeos*.

V I

— En la vida del fácil periodista Calle hay tres
períodos, me dice un inteligente amigo, observador de las
miserias nacionales y concededor de los hombres, sobre to-
do en el ramo de instrucción pública, al que incuestiona-
blemente pertenece el periodismo, que es enseñaanza, po-
pular magisterio.

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

—¿Cuáles son éstos?, le pregunto con viva curiosidad.

—El período de 1.888, hasta la transformación política de 1.895, el que se extiende hasta 1.911, y el final hasta su muerte, al iniciarse el cuarto trimestre de 1.918. El primero— en el que Calle comenzó muy joven, casi un niño, a borronear—, fue de noble y desinteresada tesonería por las ideas liberales, vigoroso, asiduo, magnífico, brillante. Rememórase que en 1.894 dio en el «Diario de Avisos» tremendos *Tajos y mandobles*. Es el áureo, por el empeño. El segundo, también muy apreciable, es de argento. El plumario entraba en los treinta años: madurez y experiencia debieron musitar sus consejos. En esa época, en 1.889, trazó *Figuras y Siluetas*. Propúsose el autor espaciar la obra en tres tomos; pero no llegó a publicar sino el primero, que comprende las semblanzas de Dn. Abelardo Moncayo, Dr. Felicísimo López, Dr. José Peralta, Dn. Federico Proaño, Dn. Francisco Hall y Dr. Manuel Benigno Cueva. Como intermedio, insertó, con el subtítulo de *Historia de un crimen*, que más tarde apareció en folleto separado, el conmovedor episodio del fusilamiento de Vargas Torres. Este vibrante volumen se imprimió en la Escuela de Artes y Oficios. Allí también había aparecido, en 1.897, *Un manojo de artículos*, «folleto en mala prosa que contiene algunas obser-

Alejandro Andrade Coello

vaciones acerca del episcopado ecuatoriano», según consta en la segunda línea. Hizo resaltar en él la intromisión de los obispos en la política y la intemperancia del de Portoviejo, doctor Pedro Schumacher, «fraile atrabilario y neurótico», como le denominó, poniendo de manifiesto, no su caridad de pastor, sino sus ridículos extremos de rabia. «Toma la pluma de Bernardo, le dice, de Buenaventura, de Atanasio, de Escoto, si quieres lidiar por tu causa: bebe en las fuentes de la sabiduría, sube a la Cátedra sagrada, y pídeles al sublime Bossuet, al insigne Bourdaloue, al preclaro Masillón, al gran Lacordaire, el fuego de la inspiración y la elocuencia cristiana. Pero periodicuchos sosos, mal escritos, peor pensados, explosiones de odio salvaje, vanas aprensiones del miedo, eso no, Pedro, eso no: eso te está desacreditando». En fácil diálogo, amenizó la viril campaña con una como fotografía de las costumbres quiteñas. Abusos de éste y otro orden denunció sin miedo en *Los dominicos italianos en la República del S. Corazón* que levantó polvareda, por los cuadros chispeantes y las inmoralidades, la increíble licencia que iba comprobando. Tales abominaciones explican su quemante artículo *La Inmigración Negra*, tantas veces reproducido. Pero en la fogosa época de lidia liberal distrajo la ruda polémica con su novellita *Carlota*, de costumbres ecuatorianas, que tiene visos

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

de ensayo juvenil en ese género, y esboza la conquista de los extranjeros en virginales campos.

—Habría que subdividirla, le replico: no puede compararse su doctrinaria tarea hasta 1.905 con la posterior hasta 1.911. Con todo, me inclino a considerarla íntegramente de altos propósitos, en atención al ingenio, en acatamiento al escritor, siquiera porque en esa larga época se publicaron, en 1.905, *Leyendas del Tiempo Heroico*, y en 1.909, *Leyendas Históricas*.

—Pero la última es de bronce, por no decir de barro, agrega mi amigo. Indudablemente debió sentirse ya enfermo, cansado, con síntomas de agotamiento. Quiso ser el monarca de la opinión pública, y desbarró mucho. Es inaudito que una parcialidad del litoral haya pensado con el cerebro de Calle. Se le empujó, se le forzó a emitir ideas que seccionalmente fueron acatadas con ciego respeto. Aquí, en Quito, no sucedía lo mismo. Buscábamos sus «Charlas» como un solaz: para reírnos del prójimo; pero no con risa malévola, sino por cháchara, por bromear sin consecuencias. Extrañábamos cuando no nos pellizcaba. Nos habíamos acostumbrado a este cariño, que teníamos como brote característico, como el refunfuño del amigo que en el fondo nos quería y que se las daba de bravo para demostrarnos que no nos olvidaba. A la postre, de tanto machacar, terminaron «sus cosas» por



Alejandro Andrade Coello

no causar ni frío ni calor.

—No acontecía otro tanto en Guayaquil, donde el pueblo que le quiso y tanto le honró en sus funerales, le estuvo rindiendo parias incondicionalmente. El diario *El Guante*, sin más que las «Charlas», subió como espuma, fue el dilecto manjar de la muchedumbre.—¿Hay «Charlas»? inquiría el obrero.—Venga entonces *El Guante*. Aseguran que sin ellas ha descendido la empresa. ¿Para qué comprar el periódico «si ya no salen Charlas?», repiten.

—Por cierto que tan grandes facultades en el periodismo le valieron vivir pobre y morir en la miseria.

—No fue como Mr. Pulitzer, propietario del «New York World, que falleció dejando treinta millones de dólares, de los cuales un millón ha legado a la Universidad de California para la fundación de una escuela de periodismo. Dicen que era de origen judío. Había nacido en Budapest en la más negra penuria. En 1864, llegó a Nueva York a luchar por la vida. Tenía 17 años. Como Edison, no llevaba en el bolsillo sino unas pocas monedas de plata. Fue soldado, mozo cuidador de caballos y, por último, abogado. Pronto sentó plaza de redactor del «Westlicher Post», que dirigía Emilio Pretorius, doctor alemán que, por una jugada de ajedrez, comprendió el genio de Pulitzer. En 1.878 compró el periódico «The Dis-

Don Manuel J. Calle—Orientaciones Periodísticas

patch» en 2.500 dólares; y dos días después, el «The Phot» y los refundió en uno, imprimiéndole nuevo rumbo y acreditándolo en la ciudad de San Luis. En 1.883 llegó a ser propietario de «The New Yor World», de Jay Goul; que tiraba veinte mil ejemplares, una bicoca para la gran metrópoli. Consagró el diario al pueblo y montó guardia por vigilarle. Exponiendo a la vergüenza «todo fraude e inmoralidad, combatirá todos los abusos y males públicos, servirá con la más celosa sinceridad al pueblo y librará batallas por él». Le dio también rica información «diaria, completa y minuciosa sobre política, ciencias, artes, industrias, economía y sucesos varios», con lealtad, juicio severo y estricto fondo moral, «sin consideración a personas e intereses particulares». En breve, el diario llegó a un tiraje asombroso y fue mina de oro.

Calle nutrió algunos periódicos como «El Radical», «La Mañana», «El Diario», «El Buscapié», pero alimentándolos cortos días, los debilitó en seguida. Su trabajo más activo fue como redactor en ajenas empresas, a algunas de las cuales sanó de postración. Pero no dejó una peseta. Surge la generosa idea, que ya es halagadora realidad, de una suscripción para sus hijas. Verdad es que Calle derrochó bastante dinero; pero no era renta de príncipe la que gozaba, si bien, apreciada la relatividad de las cosas, es el que más ganó en el periodis-

Alejandro Andrade Coello

mo; aquí donde no abundan los lectores ni estamos en Norte América. Con todo, me contó muchas tristezas. Hubo ocasión que en Guayaquil estuvo a punto de morir de hambre.

—“Lloraba y me mordía los puños, pues no había comido dos días”, nos dijo una vez en familiar charla al señor Ramón F. Moya y a mí. “Estaba recién arribado a Guayaquil, medio enfermo y no sabía qué hacerme”. —Fue un largo infortunio su laboriosa vida. Pasará mucho tiempo, y nos hará falta su voz condenatoria, echaremos de menos sus franquezas, sus airadas denuncias, cuando callar es cobardía.

A veces muy laudable es que haya un varón resuelto que desenmascare a los pícaros y a los tontos, como *Ernesto Mora* lo hizo desde “*El Guante*” cuya alma fue. Los esfuerzos de sus empresarios por sustituirle son desesperados.

—¿Es posible?

—Acabo de llegar del puerto, y te digo con perfecto conocimiento de causa. A periodistas serios he oído esto: «*El Guante* está en bancarrota» Será la impresión del minuto; pero tal acontece, porque añoran al desenfadado acusador, a Calle.

Se hace una gran pausa. Quedamos en silencio doloroso. Lo rompe mi amigo, eje de la instrucción pú-

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

blica, con una sentida exclamación:

¡Como el ágil y picaresco pensamiento de Calle contribuyó, en los últimos lustros, a desorientar empresas y opiniones, a corromper a las multitudes! El, que en 1904 había dicho «aunque no firmes siempre, jamás publiques sino lo que puedes firmar», olvidó la vieja máxima en varias arremetidas. Impidió el progreso real, el bienestar público por no pocos años. Con la fusta en la mano, fue el conductor de disociadora caravana de escándalos, en el desierto de la prensa ecuatoriana, de arena movediza, sin ideales ni enseñanzas. ¡Lástima de talento. Pudo ser un pensador como Rodó.... Sin embargo, desgastó sus bríos, no en *Motivos de Proteo*, sino en *Charlas*, es decir, naderías, embriagueces de descrédito. Su mirador no fue excelso como el de Próspero.... Le faltaron lontananzas.

—No obstante, no todo es desperdiciado en sus *Charlas*! Uno que otro granito de oro aquilatándolas están a regular número, contesto en voz baja.

—¡Claro! ¡Como en toda obra humana, nada es perdido en lo absoluto! Pero conságrese Ud. a expurgar los insultos, las inexactitudes, las salidas de tono, las puñaladas en montón, los errores históricos, en esa selva de abrumador verbalismo! Abundan las genialidades, la frase desenfadada, las enormes franquezas, la valentía, la



Alejandro Andrade Coello

audacia, los rasgos felices junto a somnífugos y desvíos. ¡Póngase uno a escribir sin descanso en tierra tropical, donde las fuerzas se enervan pronto, los conceptos como que se aplanan, como que huyen, el bochorno es enloquecedor y el aire que se respira parece que derrite los sesos y calcina la sangrel

—Le fue ingrata la santa virtud del silencio, el maduro replegamiento en sí mismo, la meditación ecuánime y la no menos saludable virtud de la “autocrítica”.

—Tuvo facultades — raros dones — para poder fulgir como el primer periodista hispanoamericano. Quizá alguna vez culminó como tal en la América; pero en medio de la asombrosa fluidez y desmedida sinceridad, se resentía de vicios de escuela, de estrechez de ambiente, de pobreza de preparación científica. La desgastadora tarea a que se consagró, efímera de suyo, de constante devenir, no le dio campo ni sociego para ahondar las materias, para empaparse en la sabiduría. Apenas las desfloró, al correr de la pluma sin siquiera reeler lo que improvisaba, menos preocuparse de las comprobaciones.

Mereció otro teatro, otra educación, escenario menos versátil que el de la prensa. Genio pródigo: derrochó parte de su fortuna intelectual en pirotecnia vistosa y gárrula chamarasca.

¡Qué hermoso y útil, prorrumpen el entusiasmo de

Don Manuel J. Calle—Orientaciones Periodísticas

mi amigo, si el Gobierno le hubiera rentado bien, situándolo en Europa, en el Archivo de Indias, de Sevilla, por ejemplo, para que se dedicara exclusivamente a trazar la historia nacional o a labores de más fuste! ¡Cuán provechosa para la patria esta embajada! Casas editoras extranjeras se habrían encargado de publicar sus obras, redimidas de odio y paja. Se habrían nombrado gerentes, empresarios, tutores o lo que sea-

Déjate de perogrulladas, le murmuro con pena. Consuélate con que subsistirán sus «Leyendas del Tiempo Heroico», como amena lectura de civismo, como simpático recuerdo de la patria vieja, como un himno de la epopeya boliviana (*) Libro sano, libro fervoroso, libro patriótico, las generaciones no conservarán sus páginas como lirios marchitos colocados en un viejo infolio.

(*) También vivirá su obra «*Biografías y Semblanzas*» que trata de Luis Cordero, Remigio Crespo Toral, Federico González Suarez, Luis A. Martínez, Juan B. Vela y Honorato Vásquez. Se reunieron en un libro, publicado en 1.921, en virtud del Decreto Legislativo del Congreso de 1919 y de la filial solicitud de su inteligente hija mayor señorita María Luisa Calle, autora de algunos selectos artículos y que forma en el número distinguido de las mujeres q' pertenecen a la Sociedad Bolivariana del Ecuador. «*Biografías y Sem-*

Alejandro Andrade Coello

—Cierto. Han sido reproducidas multitud de ocasiones. Concebidas al vuelo, en el vértigo del periodismo, han resultado indelebles, de un confortante frescor que seduce a la infancia.

—A propósito, voy a leerte algunos párrafos de lo que en olvidada revista dije, en 1.905, al aparecer el volumen que con cariño puso en mis manos.

—Lee, lee.

—Escucha.

«Propiamente, es el primer libro de este género que se escribe en el Ecuador, porque no pueden considerarse como tales la clásica y hermosísima obra de Juan Montalvo «Los Héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana», inserta en el tomo segundo de los “Siete Tratados” del que toma parte; ni la correcta y apreciable novela histórica del Dr. Carlos R. Tobar, “Relaciones de un veterano de la independencia”; ni “Luzmila” del Sr. Manuel E. Rengel; ni el meritísimo drama acerca del diez de Agosto del Sr. D. Abelardo Moncayo; ni el opúsculo intitulado “Ayacucho” del General Cornelio Vernaza, ni el bello episodio “El premio de la fidelidad de las america-

blanzas’ lleva prólogo del Dr. Remigio Romero León y un artículo necrológico del escritor y diplomático don Gonzalo Zaldumbide, fechado en París.

nas" del recordado Amadeo Izquieta; ni "El fiador de un mendigo", del Dr. Virgilio Ontaneda, ni tantos artículos sueltos y cuentecitos de sabor histórico y americano que andan regados en algunos periódicos ecuatorianos.

Aquí no se ha escrito mucho sobre el simpático tema de la independencia hispanoamericana. Venezuela y Colombia tienen bastante; México, Argentina, Chile son fecundos en esto.

Dedica el Sr. Calle su libro a los niños, para que sirva de texto de lectura en las escuelas. Mucha modestia es hacerlo tan pueril.

Por lo demás, ojalá en las escuelas del Ecuador se propaguen libros de lectura de este jaez que forman el corazón, lo inclinan a las buenas acciones, son la semilla de los hombres abnegados y probos del mañana. De igual manera deben haberse formado los varones ilustres de que nos habla Plutarco: leyendo desde niños las efemérides gloriosas de la patria y las nobles acciones de sus héroes.

Acostumbrados a la mercancía extranjera, a los libritos dorados de pésima traducción q', libres de derechos, importan los judíos que explotan a los padres de familia con útiles escolares y tomitos sectarios; a las novelitas del canónigo Schmit q' los adolescentes reciben como premio con el fin de que aprendan de memoria en vacaciones, a Mantilla, que maldito el interés nacional que despierta y

Alejandro Andrade Coello

que, con todo, es texto obligado de muchísimas escuelas, al "Espíritu de la Biblia", o las "Series del Dr. Mandevil" y otros formularios ajenos de lectura. no hemos cultivado el sentimiento patrio, haciendo conocer a la infancia lo que de cerca le pertenece, lo que le corresponde saber: la historia de la emancipación política del país, los hechos salientes de la República, sus hombres ilustres, sus décadas de gloria, su geografía local y descriptiva y cuanto, en fin, tiene sabor propio. ¿Qué adelantamos con que los párvulos se llenen la cabeza de cosas indigestas; de relaciones de viajes a Constantinopla o a la Siberia, de proezas del "Tío Pulgar" o de "Aladino", cuando no los párrafos lejanos de "Torres Quintero"? Las primeras nociones patrias son las que importan; nociones probadas con hechos, con ejemplos saludables, con prácticas benditas y no con simbolismos. A este respecto, dice el Dr. Eusebio Ayala en su "Estudio de la enseñanza a'emana", aludiendo a la América del Sur: "Critizamos a diario a la Iglesia católica las ceremonias y pompa con que trata de cultivar la fe a expensas de la razón. Y no hay voz que condene la liturgia patriótica con que se agarrota el indefenso espíritu infantil. ¿Qué significan esas lecciones tituladas: "El escudo y la bandera nacional" en curso de primer grado de las escuelas rurales"? Se refiere al Paraguay y añade: ¿"Puede concebirse una inteligencia de

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

seis años comprendiendo lo que es la alegoría del escudo y de la bandera de una nación?— Estas lecciones producen una especie de superstición e idolatría patrióticas, que originan a su vez los males del "chauvinismo". El patriotismo sano no es el que se nutre de símbolos sino el que vive en la realidad; no es el patriotismo declamatorio sino el patriotismo de acción.— La verdadera escuela del civismo está en cultivar una voluntad recta y enérgica y un espíritu de amplio democratismo y solidaridad social".

Después vendrá la vasta ilustración.

En el "Board of education", de Inglaterra, leo: "La escuela elemental debe formar y fructificar el carácter y desarrollar la inteligencia de los niños que le son confiados, prepararlos tanto desde el punto de vista intelectual como desde el punto de vista práctico al "trabajo de la vida". La escuela debe, pues, ante todo, inspirar a los niños hábitos de observación y de claro razonamiento para permitirles adquirir un conocimiento inteligente de algunos hechos y leyes de la naturaleza: excitar en ellos un vivo interés hacia las grandes cosas realizadas por el género humano y familiarizarlos un tanto con la historia y la literatura de su país; procurarles la posesión de la lengua como instrumento de pensamiento y de expresión, y sin dejar de hacer que se den cuenta de los límites de

A l e j a n d r o A n d r a d e C o e l l o

su saber, desarrollar en ellos la afición a la buena lectura y al estudio reflexivo que ha de volverles capaces, más tarde, de acrecentar su saber mediante su propio esfuerzo. Por último, la escuela debe echar los cimientos de la conducta, despertar en los niños el espíritu de sacrificio, el sentimiento de honor y un noble patriotismo”.

En el libro del Sr Calle lucen episodios bellísimos, narrados con fluidez y nervio, y entre los que sobresale, por sus cuadros dramáticos, “El Juramento del Monte Sacro”, que, a pesar de ser un asunto muy conocido, lo presenta con cierta novedad; «La agostada del año 10», deleitable serie de escenas patéticas que encienden en el alma la hoguera del patriotismo y de la ira santa. Largo sería enumerar los demás que tanto me gustaron. Hay hojas que comueven, que hacen llorar de emoción, que parecen dictadas por el más intenso amor a la patria, que predisponen a la gratitud, que avivan los nobles arranques del corazón, como me sucedió al oírlas de los labios de una hermana querida, en monótona y triste noche de invierno, cuando la lluvia incesante desesperaba y el ruido de los chorros gruesos que caían sobre el empedrado, llegaba sordo y desconsolador hasta el dormitorio de familia, en tanto que la interesante lectura continuaba cada vez con toques más indelebles por su altivez y afecto a la libertad; que servía de alivio y de es-

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

peranza a mi espíritu abatido y al pobre cuerpo que en el lecho del dolor sobrellevaba los padecimientos de penosa enfermedad.

Como el argumento es vasto, ojalá nos regale con otra serie de episodios a lo Pérez Galdós, que son abundantísimos en la historia nacional».

Hasta aquí la transcripción de mi revista *Mi amigo*, el colaborador en la instrucción pública, la aprueba, y se despide.

Dignas de loa, como sus "Leyendas", son sus necrologías. Combatió a los vivos; pero defendió a los muertos, aun a sus más implacables enemigos. Sostuvo rudas polémicas con el Dr. Alejandro López, redactor de "La Libertad Cristiana". Sin embargo, muerto éste, cuán sentidas, cuán cálidas cláusulas le dedicó. Nadie, ni sus correligionarios, dijeron lo que Calle en la admirable elegía sobre la tumba del Dr. López. Y así, con unción y elocuencia, rezó devotas oraciones funerarias la memoria de Luis Cordero, Antonio Flores, César Borja, González Suárez, Manuel de J. Proaño y tantos y tantos del propio y del opuesto bando.

Resalta su espiritualidad cautivadora.

VII

Todo lo que el hombre es capaz de conocer y sobre lo que se halla en potencia de discurrir a viva voz o gráficamente se reduce a la materia o al espíritu. Del mundo exterior o del universo de sus abstracciones y sueños, saca el material para las manifestaciones de su inteligencia, ya sea que enderece sus pasos por la senda de las ciencias cosmológicas o de la naturaleza,oológicas o morales. Considerará lo abstracto, como por punto general ocurre si va tras las primeras, o lo concreto, si las segundas sigue, al examinar los cuerpos orgánicos, o se valdrá de un procedimiento mixto.

Así ahonda el conocimiento de la naturaleza humana, ora estudie las lenguas como en la Filología; ora las demás condiciones de la existencia del hombre, a solas o en sociedad, los mil pormenores sociales y políticos que le rodean, los derechos que en particular le asisten o los que se relacionan con las demás gentes.

La marcha del pensamiento le hará palpar si las sociedades progresan o decaen, ya que el arte es signo incuestionable de adelanto. Por esto, la historia de la literatura tiene la misma importancia que la civilización de los pueblos, su psicología y la de las escuelas que brotaron por el "devenir" humano.

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

Para llegar hasta la verdad literaria necesitamos cierto método.

No habrá pensamiento apreciable, por fantástico que se lo juzgue, si no se ha servido de la inducción o de la deducción. Muchas veces, en virtud del hábito, sube de los fenómenos a las leyes; de los hechos a los principios, de lo singular a lo universal, de lo obvio a lo complicado, de lo simple a lo compuesto, o baja de lo universal a lo singular, de lo compuesto a lo simple. En la crítica literaria se da cabal cuenta de esta escala, sin la que no se perfeccionarán las letras humanas. Este procedimiento abre las puertas de la psicología literaria, que ya analiza y experimenta, ya sintetiza y racionaliza, para librarse de prejuicios y abusos como el empirismo o el trascendentalismo. En la crítica, de preferencia, el método constructivo literario es el más prudente, o sea analítico - sintético, inductivo - deductivo, poniendo mucho de dulzura y devoción pulcra.

En la literatura se analiza lo más noble del compuesto humano: el fenómeno de su pensar, las causas que a ello le movieron. De aquí que hayamos menester de prenociones psico - fisiológicas, de penetrar íntimamente en el «yo».

Un libro, un discurso, una poesía, un opúsculo de historia, una carta son otros tantos frutos del alma.

Alejandro Andrade Coello

En literatura no deben ser indiferentes los procesos de la inteligencia, de los sentimientos, del temperamento, de las funciones orgánicas, en una palabra, de la salud espiritual y corporal.

Pensar y transmitir de cualquier manera el pensamiento son fenómenos anímicos. ¿A dónde iríamos a parar sin la perfecta conciencia de lo que hablamos o confiamos al papel?

Claro que la lógica es base de cualquier manifestación literaria. Para la resolución del mínimo acto de conciencia, reaccionamos, discurremos, vemos si la acción es buena o mala. El hecho mismo de enunciar ideas, supone que hemos sometido a experimentación los factores de la conciencia, de que hemos adquirido conocimiento de las modificaciones subjetivas y demás fenómenos psicológicos. La obra literaria, hermanada con la psicología, inquiera los hechos oscuros de la conciencia, como el sueño, el éxtasis, la alucinación, la locura. ¿Es la conciencia la esencia, la substancia de los fenómenos psicológicos en general, o es una facultad especialísima que nos revela tanto la identidad como la unidad del agente humano?

Como quiera que se la entienda, lo cierto es que por la conciencia nos explicamos el reino de lo sensible, de lo moral, el de la belleza, el de la verdad con todas

Don Manuel J. Calle —Orientaciones Periódicas

sus manifestaciones. La conciencia imprime rumbo a nuestra actividad. Sentir, conocer, querer, o sea la fuerza de los tropos y figuras literarias, de la conciencia brotan.

No siempre cuidadoso Calle, su lenguaje, sencillo y terso a veces como un arroyo que se desliza, llegaba al remolino turbio, al remanso monótono. Por esto, quien lo leía con frecuencia, podía aprender de memoria sus giros, sus clisés típicos, sus palabras más usuales. De aquí que sus seudónimos en breve resaltaban transparentes, pues su manera de escribir les delataba.

Debió releer más detenidamente a los clásicos, para que le quedasen agremiaciones castizas, para que enriqueciera su vocabulario y modificase su estilo, brillante a veces, vehemente, sentimental; pero, otras, cansado y pobre de elegancias. Machacó—en especial cuando «egotizaba»—sobre lo mismo y lo mismo. Feliz en sus polémicas, oportuno en sus ataques, atrevido en sus insultos, comprobó su estéril fecundidad en las múltiples repeticiones y calcos que de sí mismo hacía en sus «Charlas».

Con ligeros cambios— una que otra ofensa nueva—su repertorio, tomado en conjunto, era el mismo de siempre. Dicciones muy sobadas, reticencias familiares, grajeos y adjetivaciones que ajustaba como cuñas, cual comodines; tautologías de cada día, exclamaciones chava-

Alejandro Andrade Coello

canas, vocativos ya sabidos, modismos trasnochados, salidas de tono, egotismos nada velados, gerundios a destajo, empleados hasta como epígrafes, alusiones personales no de muy buen género, auto-quejas en cuadernos de cuadernos.

No se demoró— quizá no dispuso de calmosas veladas para ello— en la meditación que despeja errores y prejuicios. La detenida reflexión inclina a observar que en los seres vivientes hay algo más que no es instinto, que no es simple automatismo. Hasta los animales demuestran su memoria y sus pasiones, gozan de un lenguaje peculiar para manifestar lo que sienten. Nos avanzaríamos a expresar que ejecutan actos de inteligencia.

Si la experimentación no ha podido descubrir todavía si existe huella alguna de que se repliegan, de que les asiste la idea de su «yo», en cambio, ha observado casos sorprendentes. Con todo, la ciencia no se ha aventurado a sospechar que se abstraen, que generalizan, que razonan, que conciben.

El «yo» no es otra cosa que el alma en estado «conscio». Las letras tienden cada vez a reflejar el «yo» con más evidencia. Los genios, los escritores originales son los que con más claridad dan a conocer su «yo».

Toda labor intelectual— y el periodismo, que es cátedra, con suma de motivos— emana de un sujeto cog-

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

noscente y cognoscible, aun cuando en apariencia se confundan a veces.

Suposiciones y prejuicios desechados están, no sólo por la ciencia, sino por la honradez. El periodismo tal como— con pocas excepciones— se ha estilado en el Ecuador, ha sido tarea literaria sin preparación, sujeta a los antojos del que se ha arrogado el pomposo título de periodista, ha fundamentado su sabiduría sobre las conjeturas. Casi todos los diarios han dado acogida, en sección singularísima, una con este título: se *dice*. Y él se *dice* ha sido fundamento para notas políticas y artículos de fondo. ¡Triste modo de dar por sentada una cosa que se halla en el aire!

El procedimiento ha tenido sus maestros. Manuel J. Calle ha sido uno de los capitales. Su talento ha dado a la festinación el prestigio de escuela literaria, lucrativa a ratos.

La genuina obra literaria practica y se familiariza con los hechos afectivos, representativos y volitivos, según que predominen en ella la sensibilidad, la inteligencia y la libertad de acción. Las fuentes del placer o del dolor, de la representación y de la independencia volitiva, en una palabra, la expresión del «yo», que a esto se reduce, en la unidad anímica, cualquiera exteriorización de sus estados, cooperan para la realización de un mismo

A l e j a n d r o A n d r a d e C o e l l o

destino, como los radios que van a juntarse en el centro de la circunferencia, como las piezas de una máquina que colaboran a sus fines y movimiento. Abundan los ejemplos de esta concentración de partes en el gran todo de la naturaleza. Unidad de acción es la armonía universal.

El periodismo, que es cosmópolis, que es universo, tenga unidad de acción, armonía de ideales. Ideas dispersas, críticas de aquí y de allá, opiniones encontradas, cabos sueltos a nada conducen. El periodista debe mirarlo todo desde un solo punto de vista, alto y noble.

Esto le faltó a Calle. Fue un cerebro multiforme, privilegiado; pero sin unidad de acción, sin elevado objetivo moral, sin un centro ético, fijo en esferas superiores.

Valió mucho, sugestionó, pero no se detuvo a inquirir con paciencia y recapacitar maduramente. Fue una corriente que arrebató; pocas veces un lago tranquilo en el que se retrata el cielo. Su corazón fluctuó, violenta, fugazmente, entre el amor y el odio. Comenzaba acariciando al viejo amigo, para terminar desollándole inmisericorde. Tan pronto besaba con fraternal unción, como arañaba con felina saña. Sus triunfos del momento cimentó ¡ay! en el campo de una política deleznable. Su edificio literario, con fachada airosa, carece en muchos sitios de

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

base. ¿Cuánto se salvará, en definitiva, del naufragio del tiempo?

No toda su producción fue de simpatía y de mejoramiento, sino de iracibilidad y *abrumadura*. ¡Qué todas sus charlas hubieran sido leyendas del tiempo heroico dedicadas a los niños, o temas internacionales para los adultos, o problemas económicos para los viejos, o ideales para todos!

Muy complejos los diversos estados de su conciencia, que eran quizá subyugados por su educación a medias y por su anemia fisiológica.

¿Cuál fue su sensibilidad? — *Aptitud del alma para experimentar modificaciones representadas por el placer y el dolor*, la definen algunos.

Si el sistema nervioso es como el receptáculo de la sencibilidad, los nervios del activo periodista Calle fueron un hacecillo muy irritable. Todo él fue un puñado de nervios que se encogían y retesaban en un segundo. En literatura, y más aún en la vida vertiginosa del periodismo, el estilo viene a ser la característica de un hombre estudiada a través de sus nervios o de su temperamento. En el campo de la crítica, el aplauso o la excitación airada obedecen con frecuencia a la impresión nerviosa. Una misma obra, un poema, no los vemos de igual modo sanos que enfermos, preocupados que tranquilos. No por esto

Alejandro Andrade Coello

el capricho ni el sacudimiento voluble del gran simpático han de imperar, olvidando el buen gusto, los modelos de belleza, el sereno criterio, los preceptos fundamentales. En el impresionable escritor Calle, muchas apreciaciones, violentas y contradictorias, dependieron únicamente de sus nervios que vibraban por la mínima causa, que eran estimulados por otros axitantes, además de los del diario trajinar.

Tan importante papel desempeñan los nervios en la vida de relación, que quizá por esto C. Richet, profesor de la Facultad de Medicina de París, expresó que «la inteligencia es una función del sistema nervioso».

¡Deducid lo que sería un organismo raquíptico entregado a intensa vida intelecto—sentimental, aunque poco a la moral!

Si aquella modificación agradable o desagradable, plácida o penosa que experimenta el yo cuando ejercita su inteligencia o su libre actividad se denomina sentimiento, éste cambia hora tras hora en el temperamento nervioso que brega a diario, pluma en ristre; tratando o puestos temas, combatiendo por múltiples causas, personalizando a destajo. El sentimiento estético debía sentirse embotado algunas ocasiones y el intelectual alejado de lo verdadero. En cuanto a los sentimientos morales que se derivan de la justicia o de la virtud, estaban en

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

morbosa postración, por lo mismo que no fueron a menudo manantial de placeres puros y generosos, inagotables fuentes que están refrescando los amores que perduran.

Del sentimiento se desprende la emoción grata o ingrata. De aquí que se citan casos de escritores peleados hasta con ellos mismos, lobeznos para los demás, pesimistas y descontentos incorregibles.

Emoción y sentimiento suelen considerarse, en las moradas del arte, como hermanos gemelos, porque se confunden al tomar asiento en la conciencia; pero el sentimiento es más duradero y sereno, en tanto que la emoción es más súbita, más intensa y la acompaña más viva agitación.

En sus necrologías, en varios cuadros de costumbres, el escritor Calle ha despertado en nosotros suaves emociones, que se han acentuado más en sus capítulos de la época legendaria, en los que se registran páginas felices, pasajes vibrantes, dulces episodios, cálidas narraciones. Esta afinidad se notaba cuando alguna remota vez pulsó la lira o habló con afecto de sus paisanos o recordó los días oscuros de su infancia en la tradicional Cuenca de sus mayores.

Como en lo físico, en lo moral, también el placer y el dolor se confunden, se compenetran a las veces. ¿Se cumplió esto al pie de la letra en la tumultuosa vida del

Alejandro Andrade Coello

hombre de talento que con el escozor de tantos azotes ambuló desalentado, sin fe en la dicha? Tan capitales fueron las torturas, que resumieron todo su existir, amargándolo a trechos. La oda y la elegía, la breve comedia y el drama fugaz, la novela y el cuento, las cartas y los artículos de periódico velando estuvieron esos encontrados sentimientos que personificaron sus 30 años de sudores periodísticos en los que, como ante un cinematógrafo, desfilaron hombres, desdichas, dardos, heridas y caídas.

¡Imaginaos el desgaste nervioso en esta complejidad que supone inclinación y actividad de ánimo abrumadoras!

«El placer, dice Aristóteles, no es el acto mismo, ni una cualidad intrínseca, sino una última perfección que se junta. Cada acción tiene su placer propio, siendo el efecto de éste aumentar la intensidad de la acción a la cual está unido» Recorrer, en carrera precipitada, loca, las escalas del placer y del dolor, cual acontece en la febril vida periodística, es para agotar un océano.

Y más si el sufrimiento abunda y el placer escasea, porque, como observa Hamilton «el placer es el resultado del ejercicio *espontáneo y libre* de un poder cuya energía es percibida por la conciencia, y el dolor el resultado de una actividad que ora traspasa su poder u ora se contiene dentro de sus límites».

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

Entrando en las regiones del arte, en las que el dolor habita, Calle, que sufriera mucho, acentúa en ocasiones toques de artista. Olvida la lucha para entregarse un poco a la realización del amor y del entusiasmo, abriendo la confianza a los lectores, conduciéndoles suavemente de la mano a la estancia de los sentimientos y embargando su espíritu en uno como vaho de religiosidad, bello en circunstancias, muy bello. Cuando se da cuenta del hondo sentido de la vida, realiza el milagro. Sus síntesis entonces llegan a la concordancia de sus valores y a leyes generales, en las que impera el equilibrio de la naturaleza. Su emoción interna se desborda: la virtud estética ha puesto un paréntesis a la prosa y virulencia del combate.

La línea armoniza con la hermosura del paisaje, sigue en graciosas curvas, viaja en una como ola plena de luz, hasta ramificarse, dejando esa como virginal intimidad, y surgir lejos, muy lejos, camino del placer y del dolor, produciéndonos una infinita sensación de ternura, algo como una reminiscencia de «aquel sueño de amor y el dulce beso estampado en la frente de la amada». Se diría una vida nueva en Calle, una hora henchida de humildad, llamativa de las lágrimas, en la que las pupilas, ávidas de azul y éxtasis, se abren desmesuradamente para admirar al escritor transformado y repetirlo

Alejandro Andrade Coello

con el poeta Restrepo Gómez: «aun cuando soy en apariencia un hombre, tengo en verdad, el corazón de un niño» Esta fuerza de renovación, este máximo despliegamiento de color y riqueza emotivos, este voluptuoso abandono de arte, reconcilian el eyaculador de párrafos violentos y condenatorios, con el soñador que nos ofrenda sus aguas muertas, sus deliciosas tintas polícromas, veladas por vespéral melancolía, Entonces «¡que tristes cosas al alma dicen las mustias hojas de su canción!» El escritor siéntese conmovido, pospone la lucha y entrégase a soñar a sus muertos queridísimos. Acuden a su mente pensamientos originales y hondamente sentidos, que se creería «son de los bosques almas en penas que en vano buscan piedad y amor»: bosques de ideas, de los que pudieron salir aves arrulladoras, árboles balsámicos, lianas gallardamente trepadoras, poesía y bien, en vez de fieras ocultas en la espesura, plantas venenosas, pajarracos de rapiña y destrucción.

Sin embargo, el talento se impone. Gemimos por la desaparición del gran muerto. “Alzó la voz el bosque para decir sus quejas y llorar en aquellos funerales extraños», como cantó Luis Tablanca. ¡Calle ha llamado! Ya descansa. Un macrocosmos dentro de un microcosmos ¡oh, paradoja! se ha desvanecido en la tumba. Lloremos su desaparición. Una elástica fuerza se ha nu-

Don Manuel J. Calle — Orientaciones Periodísticas

litado, una voz paralogizante ha enmudecido, una pluma popular destrozada yace.....

Depurado de espinas, el rosal de su inmortalidad no se marchite nunca. Sobre él derrame el rocío de la gloria sus burbujas que perduren más que las pompas de jabón. La paz entreja fresca guirnalda para el potísimo entendimiento sin suerte ni socio que sólo ha hallado el misterioso tesoro de la tumba y el augusto sueño de la muerte.....

F I N

NOTA COLOFONICA

Continúa el autor de este opúsculo, que se acabó de imprimir en Quito, el domingo 30 de Agosto de 1936 en la

IMPRESA «ECUADOR»,

absteniéndose de aumentar las páginas de sus libros con las opiniones de sus amables críticos y los fragmentos de cartas que ha recibido, porque las primeras, como son elogiosas, no es delicado reproducirlas, y los segundos, pertenecen a la correspondencia, que es inviolable.

ALGUNAS OBRAS DE ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- La Ley del Progreso.*— Casa Editora de Juan I. Gálvez.— Quito, 1.909.
- Vargas Vila* (Ojeada crítica de sus obras).— Imprenta del diario Ecuador.— 1.912
- Las Brumas de Antonio C. Toledo.*— Talleres del diario "El Comercio".— 1.913.
- Algunas ideas acerca de educación.*—2ª ed.—Imprenta Municipal.— 1.915.
- Rodó.*— --4ª ed.— Imp. y Enc. Nacionales.— 1.917.
- El Ecuador Intelectual.*— Córdoba (Argentina)— Imprenta de Bautista Cubas.— 1.919
- Tres poetas de la música.*— Imprenta de la Universidad Central— Quito— 1.921.
- La condesa Emilia Pardo Bazán.*— Imprenta y Encuadernación Nacionales.— 1.922.
- Juana de Ibarbourou*— Imp. Nacional.— Quito.— 1.921
- Educación del Hogar.*— Imp. "Editorial".— Quito, 1.923.
- Motivos Nacionales* (2 tms.)— Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.— 1.927.
- Pinceladas de la Tierruca.* Ensayo de novela.— Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.— 1.928.
- Centenarios y Milenarios.*— Edición del Ministerio de Educación.— 1.931.
- Eloy Alfaro.*— (Epinicio biográfico).— Talleres tipográficos Nacionales.— 1.934.
- Nociones de Literatura General*— 4ª ed. Quito.— 1.934.
- El ocaso de los conquistadores.*— Imp. Municipal— 1.934.
- Quiteños auténticos.*— Imp. Municipal— 1.934.
- Recuerdos de Quito.*— La Tola— Impreso por Néstor Romero,— Quito.— 1.934.
- Del Quito Antiguo.*— Imp. y Encua. "Ecuador".— 1935.
- A través de los Libros.*— Imp. y Enc. "Ecuador".— 1935.
- Los Genios.*— Imp. y Encuad. "Ecuador"— 1.935
- El Libro del Maestro— Ruta de la escuela.*— Imp. y Encuad. "Ecuador".— 1.936.

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley

